

CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 550

BARCELONA

DICIEMBRE 1976

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARÍA

*A TU LUZ CAMINARAN LAS GENTES, Y LOS REYES
AL RESPLANDOR DE TU NACIMIENTO (Isaias, 60, 3)*





NADALA

*Un germà ja ens ha nascut
dintre la humil establia!
que sia, doncs benvingut
el preciós Fill de Maria.*

*Ell, de rica llum divina
ens porta bona claror
per tot aquell qui camina
en la senda del Senyor.*

*Claror de mansuetud
de pau i bonhomia,
ens ofrena la virtut
des del fons de l'establia*

*Copsar-la jo voldria
l'ofrena que'ns oferiu
per a tots a qui voldria
portar-la amb cor joliu.*

*La terra se sent gojosa
i espera tenir encert...
Deu-nos vida jubilosa
i un feliç any 77*

Joan d'Ordal



ENCUENTRO CON ESTUDIANTES

FRANCISCO CANALS VIDAL

Quiero recordar por escrito lo que en el encuentro que tuvimos en la reunión de la Ciudad Católica el día primero de noviembre, festividad de todos los Santos tuve ocasión de deciros a los estudiantes y profesores que estábais allí presentes. Al escribir esto pienso también, además de los que me oísteis aquel día, también en otros muchos a quienes tal vez podrán ser útiles las cosas allí tratadas.

Nos sentimos apremiados por una cuestión urgente: ¿Qué hacer para defender la fe cristiana de los estudiantes frente a los ataques del ateísmo marxista?, y también por otra cuestión relacionada con aquélla: ¿Cómo liberar los ambientes universitarios y escolares de la opresión del comunismo que los va dominando cada vez más?

En la homilía del P. Victorino Rodríguez hemos oído comentar las palabras del Señor, las que en las sinagogas se repetían todos los sábados: «Oye Israel: *Yahvé, nuestro Dios, es el único Yahvé. Amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza*».

En nuestros días se debilita la fuerza de nuestra fe, porque se enfría la caridad. Con pretextos engañosos referentes a la libertad y al pluralismo social, olvidamos el deber de adorar sólo a Dios. «Es necesario adorar a mi Dios, porque solo El es Dios, señora, y el vuestro es nada», dice Joas a la reina Atalía en la tragedia de Racine. Actualmente ocurre con demasiada frecuencia que son los marxistas los únicos que hablan con la certeza de quien tiene algo que enseñar, es decir, un «dogma». Mientras con lenguaje hegeliano rechazan como «dogmatismo» la verdad cristiana y toda la verdad puesta por Dios como cognoscible naturalmente por el hombre, se reservan para sí mismos la ventaja de hablar y obrar desde una convicción no relativizada.

«El mal no obra sino por virtud del bien». No podemos dejar los cristianos a quienes combaten a Dios y a Jesucristo el privilegio de la afirmación absoluta. Ellos absolutizan su error en actitud soberbia y llena de odio; nosotros debemos con fidelidad humilde, hasta el heroísmo si hace falta, proclamar con generosidad y amor la firmeza de nuestra fe.

El antiteísmo marxista es «anticristiano», en el sentido en que se habla en la epístola a los tesalonicenses del misterio de «anomia», de «ilegalidad», de «anormalidad», que obra en el hombre pecaminoso y perverso y se enfrenta «a todo lo que se llame Dios o reciba su culto».

Advirtamos bien que el espíritu del Anticristo, según enseña allí San Pablo, se opone incluso a las idolatrías, se opone a lo que es verdaderamente la religión, y también incluso a todas las falsas o aparentes religiones, y aún a cualquier suplantación por la que se quiera dar culto a algo superior al hombre «hasta llegar a manifestarse el hombre del pecado como si fuese él mismo dios».

Es este espíritu por el que Sartre desprecia incluso a los que acatan como valores absolutos la libertad o la justicia. Es el espíritu con que el marxismo critica como religioso a Feuerbach porque afirma predi-

cados divinos de la «humanidad», con lo que todavía reconoce algo superior al hombre concreto.

Conviene darse cuenta de que la consigna «antifascista», al ser invocada por los marxistas, se dirige contra la afirmación de un principio absoluto de unidad superior a la multitud. El «fascismo» propiamente dicho, es de inspiración hegeliana, y viene a ser una idolatría del Estado, entendido como el advenimiento de lo divino sobre la tierra. Frente a esta idolatría, o más bien a pretexto de dirigirse contra ella, el antiteísmo anticristiano del marxismo se levanta contra «todo lo que reciba culto».

Al marxismo le interesa acusar al cristiano de «fascista», y es natural que lo haga para afectar desprecio, como hacia un mito alienante, a la doctrina de nuestra fe sobre el origen divino del poder. No tenemos por qué acomplejarnos. No somos «fascistas», pero hemos de recordar que durante los años de la Cruzada española se acusaba de «fascista» y se martirizaba por «fascista» a quien tenía en su casa un crucifijo o una imagen de María.

No nos acomplejemos por las acusaciones. Dejemos que nos llamen lo que quieran y afirmemos, urgidos por la caridad, nuestra fe firme, que exige de nosotros una entrega total con todas nuestras fuerzas, y toda nuestra mente y con todo nuestro corazón.

Puesto esto como principio y fundamento, es decir, convencidos de que sólo por nuestra fe podemos tener fuerza para defenderla en nosotros mismos y en nuestro prójimo, podríamos sacar de él algunas consecuencias prácticas adecuadas a la actual situación.

Sea la primera la necesidad de vivir una vida de oración y de piedad. La fe sin obras es muerta, y la fe obra por la caridad. Pero si las buenas obras son el fruto de la fe animada por la caridad, y la fe misma es la raíz de la vida cristiana, la oración y la piedad podríamos compararlas a las flores del árbol enraizado en la fe. Ningún árbol da frutos si no florece. Decía mi maestro el P. Ramón Orlandis, S. I. que la piedad, la plegaria perseverante y confiada, es la flor de la fe.

No sabría dar a los estudiantes y profesores cristianos de nuestros días otro consejo más radicalmente práctico o más urgente que éste: rezad. Sed devotos del Corazón de Cristo y de la Santísima Virgen. Toda vida de piedad en la que no ocupa un lugar central la devoción a María, la Virgen Madre de Dios, la Madre de la Iglesia, es signo de contaminación deleterea y suele terminar en una catástrofe espiritual. Rezad el Padrenuestro con el Ave María. Rezad el Rosario.

Sed devotos de San José. En la encíclica contra el comunismo ateo, Pío XI pone bajo el patrocinio de San José el combate cristiano frente al marxismo. Hay aquí un misterio admirable, y sencillo para la luz de la fe. El Padre de la familia en que nació Jesús por obra del Espíritu Santo, el glorioso patriarca del nuevo pueblo de Dios según el Espíritu, es modelo de obediencia silenciosa: San José no habló palabras que el Evangelio refiera. Es modelo de abandono en manos de la Providencia, y por lo mismo modelo de espíritu de pobreza. La pobreza como bienaventuranza es la fructificación de la esperanza que se apoya en la Providencia de Dios.

Sin el espíritu de pobreza nadie puede resistir eficazmente al materialismo y al espíritu de odio y de lucha que el marxismo fomenta. Los que abundan en bienes de este mundo, si se dejan llevar por el orgullo de la riqueza, son incapaces de combatir al marxismo, antes transigen e incluso pactan con el poder de la revolución y con la tiranía de la dictadura comunista.

La vida de oración y el espíritu de piedad son también el único camino para mantener en nosotros la esperanza, y con ella la alegría, sin la que la vida cristiana carecería de aliento.

No sustituyamos la esperanza cristiana que nos da el poder de vivir gozosos, con ilusiones engañosas que nos dejan siempre abocados a la desilusión y al desengaño, y son siempre causa de tristeza y desaliento.

Sienten algunos la tentación de desconocer la importancia práctica de este punto, y para distraerse de la exigencia de la esperanza cristiana, invocan urgencias activistas demasiadas veces verbales. No hay que olvidar esto: la impaciencia por triunfos fáciles, en tareas planteadas sin un conocimiento de la realidad y del sentido de los males presentes de nuestra sociedad, es uno de los principales obstáculos y frenos a la eficacia y perseverancia en la acción. Repito que el deseo desordenado y desorientado de triunfo fácil es un freno a la acción, aunque se disfrace a veces de crítica de las limitaciones o de las deficiencias de las acciones de los otros.

Tratemos ahora de un segundo punto práctico. Si por la gracia de Dios habéis sido puestos por el curso de vuestra vida en unión con otros, en comunidad de ideales y de actividades, perseverad en vuestra unión y no desbaratéis este tesoro. Recordad la palabra del Señor, su promesa a los que sean dos o tres unidos en su nombre. Y no os dejéis desunir ni siquiera bajo la apariencia o el pretexto de pasar a grupos más amplios, o que pretendan ser más eficaces —insisto en que la pretensión de eficacia no suele ser signo de la misma, sobre todo cuando se invoca para apartar a los otros de su camino— si tenéis la convicción de que Dios os llamaba a la tarea en que estáis y a la convivencia con los que comparten vuestra misma vocación concreta y vuestra espiritualidad.

Hay en esto muchas equivocaciones. Porque siempre que la acción de alguien comienza a dar algún fruto, puede ocurrir que otros que no han conseguido realizar nada, asuman no solo la tarea de aconsejarles, sino incluso de recriminarles por todas las tareas todavía no realizadas. Y a veces les proponen algunas que no deberían realizar. En todo caso hay que recibir los consejos con humildad, siendo a veces más heroico soportar la que puede ser inocente envidia de los hermanos que la hostilidad de los enemigos.

No os desaniméis ni os desunáis; colaborad con generosidad y amplitud de espíritu, y no os dejéis dispersar bajo ningún pretexto.

Un tercer punto muy práctico también quisiera proponeros en este encuentro. En apariencia se refiere menos que los anteriores a la vida cristiana y apostólica, y también hay el peligro de que no se advierta su carácter de algo ineludible para la práctica. Me refiero a la perseverancia en una tarea y actitud de formación impulsada por una voluntad de seriedad y de modestia.

A veces se dice que tendríamos que tomar ejemplo de nuestros enemigos. Esta consigna es completamente desorientadora si con ella se

nos quisiera decir que fracasamos al no atrevernos a utilizar el chantaje y la calumnia, el engaño, la amenaza y los métodos terroristas.

Lo que sí hemos de atender es a la exhortación del Evangelio. Cristo nos reprende al recordarnos que los hijos de las tinieblas son más diligentes y hábiles en los negocios mundanos que los hijos de la luz al servicio del reino de Dios.

Pues bien, he aquí que los marxistas, que defienden teóricamente la primacía de la praxis, atienden prácticamente en gran manera al carácter fundamental de la teoría. Se preparan con tenacidad y perseverancia para su acción, y procuran, aunque decididos después a deformar y alterar la perspectiva de las cosas de acuerdo con su tarea revolucionaria, estudiar con detenimiento la realidad sobre la que actúan.

La concepción cristiana de la vida nos exige a nosotros asumir bajo la fe, penetrar por el amor cristiano, y divinizar por la gracia, la totalidad de las dimensiones humanas; la fe supone y vivifica, sanándolo de las heridas del pecado y de la oscuridad que de ellas resulta, nuestro sentido común de hombres. El deber de seriedad, que exige evitar la ligereza y la pedantería y no ceder a las improvisaciones de la pereza, es en estos momentos ineludible para cumplir con responsabilidad nuestras tareas en el mundo cultural, escolar y universitario.

Un peligro para nuestra seriedad es el sentir celos de los que obran lo inicuo, envidia por el prestigio pretencioso de los adversarios de nuestra fe. No podemos tomar como criterio y medida de la verdad los engaños y las propagandas con que se crean los espejismos de lo falsamente prestigioso.

Del acomplejamiento, que nos tienta con mucha frecuencia, deriva el abandonar el culto austero de la verdad, el perder el gusto por la sana doctrina, el lanzarse a la lectura sin discernimiento ni preparación de las filosofías falsas y protervas. Se alega el pretexto de la necesidad de conocer a nuestros enemigos, pero más o menos inconscientemente se da el impulso de procurar que no pueda decirse de nosotros que no hemos leído tal o cual autor de moda. Quien tenga cada año que leer a los autores de moda no tendrá nunca tiempo de estudiar nada en serio.

Se pierde así la disposición para nutrir nuestra mente con la verdad, para alimentarse en las fuentes del pensamiento cristiano y en el patrimonio perennemente válido de verdad natural de que habla el Concilio Vaticano II. Sed en todo esto serios y modestos, amantes de la verdad, y deseosos de hacer el bien, y no pasar por sabios ante la falsa sabiduría del mundo enemigo de Cristo.

Hay que defender también la perseverancia en la formación frente a las precipitaciones y ligerezas de un activismo, que se deja seducir por el mito de la eficacia, y lleva muy pronto al desaliento y desilusión de que antes hemos hablado.

No hay cosa más imposible de conseguir que un resultado eficaz por medio de acciones realizadas sin un fundamento serio y criterio seguro, y en una actitud inconsciente del sentido de las cuestiones y de la gravedad de los problemas.

Algunos os dirán que hace muchos años que algunos grupos u obras se dedican a la tarea formativa, que sería ya hora de que diesen mayor importancia y atención primaria a una acción comprometida y concreta. Es curioso que esto se diga a veces en reuniones en las que hay muchos jóvenes que durante aquellos años, supuestamente perdidos para la ac-

ción, eran adolescentes o niños, y que están llegando ahora al momento en que son ya capaces para una formación y estudio absolutamente necesario para su madurez. Estos jóvenes han de agradecer a quienes durante décadas han perseverado en la tarea de formación y orientación. Aprovechad ahora las publicaciones realizadas por estas obras, y cada uno individualmente y con los compañeros y amigos que la Providencia le ha concedido, encontrará el momento y la circunstancia de una acción tanto más eficaz cuanto más fundada en reflexión modesta y silenciosa.

Sobre estos principios prácticos de que he hablado hasta aquí: la piedad que nutre la esperanza y la alegría, la unión que tiene consigo la promesa de Cristo de estar en medio de nosotros, la seriedad que posibilita una formación sólida, podemos ahora darnos cuenta de la urgencia y del apremio de la acción.

En cada caso vosotros mismos deberéis conocer la situación en la que estáis, los objetivos que pretende la revolución marxista y la forma concreta de actuar.

Todo consejo dado desde fuera de la situación podría resultar vago y poco práctico. Prefiero señalar algunas actitudes sobre esta cuestión que pueden resumirse en las siguientes normas: Trabajad con perseverancia y con deseo de hacer todo lo que se pueda en cada momento. Estad convencidos, lo que es muy necesario para perseverar en la acción, de que tendréis muchas veces la sensación de fracaso e incluso fracasareis realmente. También en este punto podemos recordar la advertencia evangélica y no ser menos diligentes que los hijos de las tinieblas. En algunos de los empeños en que están ahora llevan a veces diez años de perseverancia y han fracasado centenares de veces. Pero han ido avanzando y a lo largo de los años han ido imponiendo de hecho los métodos leninistas de las asambleas y de las comisiones, reiterando planteamientos inadecuados que a fuerza de repetición machacona van siendo ahora admitidos como algo obvio.

Para defender los criterios verdaderos, que están siendo ahora olvidados y cayendo en desuso, tendríamos nosotros que tener la misma perseverancia. Recordad siempre los principios fundados en el orden natural de las cosas y en las normas legítimas y en las costumbres coherentes con ellas, frente al desgaste a que el marxismo somete constantemente el principio de autoridad y el respeto al orden jurídico. Esta tarea no la podrá hacer nadie que parta de los presupuestos que llevan la sociedad hacia el camino que conduce al socialismo, es decir, nadie inspirado en el liberalismo o en la democracia roussoniana que inspiró las revoluciones modernas. Los criterios de la sana doctrina sobre el orden social fundados en el orden natural y cristiano son indispensables para esta defensa.

Perseverad, pues, aunque fracaséis, id haciendo todo lo que esté a vuestro alcance, y no os desaniméis por las resistencias del temor cada vez más generalizado ante el creciente poder del marxismo. Tened paciencia y trabajad con constancia, apoyados siempre en la oración, en la unión y en la seriedad.

SAN IGNACIO DE LOYOLA

MODELO Y MAESTRO DE LA VERDADERA DEVOCION A LA SSMA. VIRGEN MARIA

ROBERTO CAYUELA, S.J.

El auténtico cristiano, consciente de su dignidad de hijo adoptivo de Dios, por Jesucristo, y heredero, con El, del Reino de los Cielos; y sabedor de lo mucho que debe a su amantísimo Redentor y Divino Rey, considera que su principal deber y su gran dicha es pertenecer de veras al Reino de Cristo, «viviendo de una manera digna de Dios, que le ha llamado a su Reino y Gloria», como dice San Pablo (1 Thess., 2, 23).

Por eso, al sentirse llamado por Cristo-Rey a su Reino, a su Reino interior de la Gracia, a su Reino visible de la Iglesia, y a su Reino eterno de la Gloria, quiere vivir como súbdito fiel y como vasallo leal de tan gran Rey; y por eso, ofrece toda su persona y todo su trabajo a la empresa de la conquista, por de pronto de sí mismo, luchando contra los enemigos de ese Reino y de su propia alma; y después a la dilatación del Reino de Cristo.

Pero, si, en frase de San Ignacio, «se quiere afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal, no solamente ofrecerá su persona al trabajo, sino que haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, hará obligaciones (u ofrecimientos) de mayor estima y mayor importancia» (Ejerc., n. 96, 97).

Y estos ofrecimientos son un propósito y voluntad liberada de imitar en todo a Cristo, siguiéndole animosamente en el camino de su Cruz, y con la participación de su santa Cruz que El se digne disponer para su fiel vasallo en su alma y en su cuerpo, en su vida y en su muerte.

Vida ciertamente excelsa y elevada; pero difícil a la humana naturaleza y a la flaqueza e inconstancia de nuestra voluntad. ¿Qué hacer, pues, para vivir en esa santidad cristiana de vasallos más adictos y más semejantes a su Divino Rey?

Tenemos dos medios eficacísimos, y que aun siendo dos, son en cierta manera uno solo, por

estar unidos con los más estrechos e íntimos vínculos. Son la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y al Corazón Inmaculado de María.

Tal es el lema, el espíritu, todo el ser de CRISTIANIDAD: «Al Reino de Cristo por la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María».

Ciñámonos ahora a lo seguro: a la verdadera devoción a la Madre de Dios y Madre nuestra, la Bienaventurada Virgen María.

Muchos y grandes modelos, muchos exímios maestros de esta devoción, tan santa y sabrosa como útil y provechosa para la vida cristiana, nos propone la Historia de la Iglesia en todas sus edades; y nos los presenta, como ante los ojos, el conocimiento y experiencia de nuestros mismos tiempos, en almas privilegiadas, que hemos tratado, o de las que hemos oído hablar.

Pero por lo mismo que ahora hay no pocos cristianos, en cuyo criterio y estima ha quedado depreciada y como de menos valor esta santa devoción, sea por infiltraciones protestantes, como si ella menoscabase en algo la Mediación única de Jesucristo, sea por pensar que es una devoción sentimental y propia de personas de bajo nivel intelectual; por eso, hemos de fijar la atención preferentemente en algún Modelo y Maestro, que, sintiendo fidelísimamente con la Iglesia, sea juntamente un gran intelectual, un hombre de sólidas convicciones y a la vez de afectos grandes y nobilísimos, y en quien se junte la firmeza de la fe con lo férreo de la voluntad y la suavidad y aun ternura del corazón y de la expresión.

Tal es San Ignacio de Loyola. — Bien sabemos que para no pocas personas de nuestra época es un Santo que «ha pasado de moda»; pero también sabemos que los Santos se sobreviven; que «será eterna la memoria del justo» (Ps. 111); que después de olvidados o preferidos por algún tiem-

po, vuelven a atraer la atención, el interés y aun el amor de las generaciones; y que, a veces reviven en su vida y en su espíritu, como en otra nueva primavera.

Esto deseamos que sea San Ignacio, con toda

la reciedumbre de su alma, con su gran espíritu, enteramente ajena a todo lo que es imaginativo y sentimental, como perfecto Modelo y como segurísimo Maestro de la verdadera devoción a la Virgen María.

I. Modelo

Fue San Ignacio devotísimo de la Madre de Dios, Madre de la Iglesia y Madre nuestra; con lo cual correspondió de la manera más generosa, lo cual correspondió de la manera más generosa a la misma Soberana Señora, que fue la que tomó la iniciativa y escogió a Ignacio para que viviese bajo su protección, favoreciéndole con gracias singularmente extraordinarias, desde los comienzos de su conversión. Porque estando convaleciente en Loyola, de su herida de Pamplona, y deseando imitar a los Santos y al Santo de los Santos, Jesucristo, se le apareció la Virgen, y le animó y confirmó en sus grandes deseos de santidad cristiana, y sobre todo en su propósito de perpetua castidad.

He aquí cómo lo refiere su primero y más insigne biógrafo, el P. Pedro de Ribadeneira: «Estando en este estado, quiso el Rey y Señor que le llamaba, abrir los senos de su misericordia para con él, y confortarle y animarle más con una nueva luz y visitación celestial. Y fue así que estando él velando una noche, se le apareció la esclarecida y soberana Reina, que traía en sus brazos a su preciosísimo Hijo; y con el resplandor de su claridad lo alumbraba, y con la suavidad de su presencia le recreaba y esforzaba. Y duró buen espacio de tiempo esta visión; la cual causó en él tan gran aborrecimiento de su vida pasada, y especialmente de todo torpe y deshonesto deleite, que parecía que quitaban y reían de su ánima, como con la mano, todas las imágenes y representaciones feas. Y bien se vio que no fue sueño, sino verdadera y provechosa esta visitación divina, pues con ella le infundía el Señor tanta gracia, y le trocó de manera que desde aquel punto hasta el último de su vida, guardó la limpieza y castidad sin mancilla, con gran entereza y puridad de su ánima» (Vida de San Ignacio, BAC, vol. 7-8, pág. 49).

Correspondió Ignacio a esta prueba extraordinaria con que la Virgen María le demostraba su predilección para con él, y le recibía bajo su protección; y le correspondió a su espíritu noble, generosos y magnánimo, dándose por completo a la

devoción y servicio de María, a la que solía llamar «Nuestra Señora», porque en realidad era Ella la Señora de sus pensamientos, de su corazón y de toda su vida.

Advierte el P. Antonio Astrain, el insigne historiador de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España, y en el volumen primero de ella, que dedica a San Ignacio, que es un hecho constante y de capital importancia en toda la vida del Santo, la continua intervención de la Virgen María en la santificación de él, y la mutua correspondencia de amor y de obsequios que se establece, desde su conversión, entre la Madre de Dios, y le confirma en sus propósitos. Cuando puede salir de casa, va Ignacio a rezar una Salve a la vista de Nuestra Señora de Olaz. Al despedirse de su casa, los primeros pasos de Ignacio se enderezan a Nuestra Señora de Aránzazu; el primer dinero de que puede disponer en Navarra lo emplea Ignacio en adornar una imagen de María; el del camino de Montserrat defiende la pureza de María contra las blasfemias de un moro; en ese mismo camino hace voto de castidad, ofreciéndolo al Señor por manos de María; y llegado al Santuario de Montserrat, deseando armarse caballero de Cristo, vela sus armas ante el Altar de María».

Este último suceso, tan trascendental en la vida de San Ignacio, lo relata él mismo en su Autobiografía: «La víspera de Nuestra Señora de Marzo, en la noche, el año de 22, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre; y despojándose de todos sus vestidos, los dio al pobre, y se vistió de su deseado vestido (sayal de saco); y se fue a hincar de rodillas delante del Altar de Nuestra Señora; y unas veces de esta manera y otras de pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche».

Es que como nuevo caballero de Cristo-Rey, quiso velar sus nuevas armas; y lo hizo toda la noche del 24 al 25 de marzo, Fiesta de la Anunciación, delante de la imagen de la Virgen, en el cual dejó colgadas la espada y la daga de que había usado en los años de su milicia terrena;

todo ello señal clara de que la Virgen María había de ser en adelante la celestial Madrina y Señora del nuevo caballero del Divino Rey.

Y si en la santificación de Iñigo de Loyola resplandece tan clara y amorosa la mano virginal y amorosa de María, no menos providente y maternal se le mostró después, con una intervención singularísima, en la fundación que hizo de la Compañía de Jesús.

De aquellos primeros principios de Loyola y Montserrat creció tanto en Ignacio el amor y devoción a la Virgen María, que, de su parte, ninguna cosa intentaba y emprendía, grande o menor, que no fuese debajo de su amparo; ninguna cosa pedía al Señor que no fuese por medio de su intercesión de su Madre y Señora, Abogada y Medianera. Y de parte de la Virgen recibía tan continuos favores y tenía tan frecuentes visitas celestiales que recibía cada día, cuando escribía las Constituciones de la Compañía.

Solía pedir incesantemente a Nuestra Señora que no sólo le llevase a Jesús, y le acercase a Jesús, sino que le *pusiese* con su Divino Hijo; expresión ésta de una muy alta y segura Mística Mariana y Cristológica.

Rogaba humilde y confiadamente al Padre Celestial que le diese la luz y acierto que necesitaba en cada ocasión; y siempre lo hacía «por los Mediadores»; es decir, por María para con Cristo, y por Cristo para con el Padre.

Desde su conversión hasta su muerte llegó sobre su corazón una devota imagen de Nuestra Señora de los Dolores; de la cual se hizo una copia muy exacta, que todavía se conserva con gran veneración en la ciudad de Brujas (Bélgica).

¡Qué Modelo de auténtica y perfecta devoción a la Virgen María, Modelo apropiadísimo de un modo singular para nuestros tiempos, por su vivo enraizamiento en el Evangelio, por su consonancia con la más pura Tradición cristiana, por su verdad dogmática, y porque es en todo conforme con las enseñanzas de la Iglesia, especialmente en las Encíclicas y otros Documentos Marianos de los últimos Sumos Pontífices, desde Pío IX hasta Pablo VI. Por eso el ejemplo modélico de San Ignacio ha dado copiosísimos frutos de verdadera devoción a la Virgen María, y con ella grandes frutos de santidad y apostolado para mayor gloria de Dios y bien de las almas.

II. Maestro

Lo fue de la devoción genuina a la Virgen; lo fue en toda su vida; en todos sus escritos; pero de un modo especial en su Libro de los Ejercicios, donde nos enseña, de una manera práctica, en qué consiste la devoción a la Virgen, y el modo con que la hemos de alcanzar y crecer en ella.

Concretamente nos enseña San Ignacio que este dulcísimo y provechosísimo ejercicio de la devoción filial a Nuestra Señora y Madre consiste, cuanto es de nuestra parte, con el favor divino, en tres cosas: la primera, el conocimiento íntimo

de la Santísima Virgen; del cual procede la gran estima en que la hemos de tener, y el amor filial con que la hemos de querer; la segunda, el cuidado y empeño por imitar su vida y sus virtudes; y la tercera, la vivísima confianza con que nos hemos de valer de su intercesión, invocándola para obtener las gracias de que estamos tan necesitados.

En las tres cosas se adelantó San Ignacio cuatro siglos a lo que ahora nos ha enseñado la Iglesia, en ese mismo sentido y esas mismas tres cosas, en el Concilio Vaticano II.

1.º Conocimiento, estima, amor

Este conocimiento ha de ser de fe; y a él nos lleva San Ignacio, como por la mano, para que lleguemos a conocer verdadera e íntimamente a la Virgen María en su estrecha e indisoluble unión con la persona y la obra redentora de su Divino Hijo. Y por eso, acude San Ignacio continuamente al Santo Evangelio; tiene en cuenta los datos y recuerdos de la Tradición cristiana: y siente por completo con la Iglesia. Así, y auxi-

liados con la gracia divina, llegamos a conocer a la Virgen, tal como fue en los designios de Dios, en su vida santísima y en sus virtudes perfectas.

De este conocimiento nace el altísimo concepto, la gran estima y aprecio, en que hemos de tener a la Virgen. Y este concepto, estima y aprecio crecerá en nuestro corazón, cuanto creciere el conocimiento de sus grandezas; las cuales son de dos clases: las que puso el Señor en Ella con

sobreabundante largueza; y las que Ella alcanzó; asistido para eso mismo por el Señor, con su fidelísima y generosísima correspondencia a los dones divinos.

De sus primeras grandezas, o sea de los privilegios y prerrogativas, y de las nunca vistas excelencias en pura creatura con que Dios la enriqueció, sobre todos los Angeles y hombres y aun por encima del conjunto de todos ellos, los cuales ninguna creatura conoció como Ella, y agradeciendo y engrandeciendo a Dios por ellas, no nos dio María otras señales de ellas, sino que eran cosas grandes; como lo dijo, exultante de gozo, en su Cántico, el «Magnificat»: «Porque hizo en mí y para mi favor cosas grandes el que es Poderoso, y cuyo nombre es Santo».

Un modo práctico nos sugiere San Ignacio para rastrear estas grandezas; y es considerar las excelencias y privilegios, las gracias, dones y carismas que Dios ha concedido a los demás Santos; y deducir, teniéndolo por cierto, que todas estaban recogidas y aun acumuladas con grandes ventajas, en la Virgen María.

Por vía de ejemplo, podemos recordar lo que

dice San Ignacio sobre la primera aparición de Cristo Resucitado, que fue a su Madre benditísima; pues escribe el Santo Autor de los Ejercicios: «Primero, apareció a la Virgen María; lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho, diciendo que se apareció a tantos otros».

La segunda clase de grandezas de María, que Ella atesoró asistida con el favor celestial, al corresponder como nadie a los dones divinos, las reduce San Ignacio a estas dos cosas: se humilló y se entregó como Esclava a la voluntad del Señor. Pero estas segundas grandezas de María nos las propone más concretamente San Ignacio en lo que va a ser el objeto del punto segundo.

Recordemos antes que del conocimiento de fe de las grandezas de María, procede no tan sólo una gran estima de Ella, sino también, y como fruto propio del conocimiento interno de María, un amor filial a la que siendo la Madre de Dios, es también nuestra Madre; y lo es en nuestra vida sobrenatural de la Gracia; la cual debemos a María, como la debemos la vida natural humana a la mujer amadísima, que Dios nos dio a cada uno por madre.

2.º Imitación

El deseo de imitar a la Virgen nace del conocimiento, estima y amor con que el Señor nos haya favorecido para con María, poniendo nosotros los medios adecuados para alcanzarlos; como son: oír o leer la Palabra de Dios, en todo lo que El nos ha revelado de la Virgen; y meditar todo ello con fervientes afectos de piedad y devoción. Siempre deseamos tener lo que estimamos; y siempre queremos hacernos semejantes a los que amamos. Y así, los que conociendo bien a la Virgen, la estiman como deben, desean aprender de Ella; y los que la aman con verdadero amor, desean parecerse a Ella.

Por lo cual, dice San Ambrosio: «Fue tal María, que su sola vida es para todos una clara enseñanza y un perfecto ejemplo de vida santa». Y añade: «Traed siempre delante de los ojos, como pintada en una imagen, la virginidad y la maternidad y la vida toda de la Bienaventurada Virgen María; en la cual, como en un espejo, resplandece la hermosura de la perfecta pureza, y la forma y modo de ejercitar todas las virtudes. De Ella habéis de tomar los ejemplos de bien vivir; donde, como en dechado, hallaréis magisterios expresos de toda santidad; y que os ense-

ñarán lo que habéis de corregir y huir; y, sobre todo, lo que habéis de abrazar y poner en práctica. Lo primero con que se enciende el deseo de aprender es la excelencia del Maestro. Y ¿qué Maestro más excelente que la Madre de Dios?» (De virg., L. 1).

Pues bien; para imitar fielmente a la Virgen María, nos propone San Ignacio dos maneras de proceder, o dos clases de ejercicios prácticos.

Primeramente, considerar y contemplar a María en todas las contemplaciones de los misterios de la Vida, Pasión y Muerte, y Resurrección de su Divino Hijo, mirándola siempre estrechamente unida a El e identificada con El; y poner los ojos del alma en la persona de la Virgen, y en lo que Ella dice y hace, sufre y goza en cada misterio; cómo agradecerle, cómo habla, cómo calla; cómo camina y cómo trabaja; y qué misterios se obran en Ella, la cual siempre se muestra «la Esclava del Señor», entregada a la persona y a la obra de Redención de su Divino Hijo. Y después de todo esto, reflexionar cada uno para ver en qué la podemos imitar. Singularmente, en la contemplación de la Pasión y Muerte de Jesús, considerar cómo la Virgen, más que nadie, sufre en su Corazón ma-

ternal todo lo que su Hijo Redentor sufre en su Cuerpo y en su Alma. Y al contemplar la Resurrección de Jesús, cómo la Virgen «se alegra intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo, Nuestro Señor».

En segundo lugar, nos propone San Ignacio otro modo, muy fácil y muy práctico, para imitar a la Virgen. Y es pensar en las potencias y sentidos que Dios nos ha dado; y considerar cómo la Virgen usó de su entendimiento y de su voluntad; de su imaginación y de su apetito sensitivo; y lo mismo de los cinco sentidos corporales. Ni tan sólo cómo uso de sus potencias espirituales, las superiores y las inferiores, sino también cómo las cultivó y enriqueció, para que habiéndoselas dado Dios tan privilegiadas y tan fecundas, como tierra riquísima, fuesen más fecundas por el laboreo de Ella, y así produjese el ciento por uno, y aún más, en buenas obras de santidad.

También en el uso de los sentidos corporales hemos de imitar a la Virgen, pues Ella no sólo los guardó y apartó aun del más mínimo desorden, sino que usó de ellos conforme a los planes del Señor al habernos dado órganos tan maravillosamente dispuestos. En especial la Virgen usó de sus ojos corporales para ver la creación; y contemplando en ella la obra magnífica de la sabiduría, del poder y de la bondad de Dios, de la vista de las creaturas se elevase al conocimiento y amor de Dios.

Con no menor perfección usó María de sus oídos corporales, para escuchar y cumplir la palabra de Dios. Por eso, su prima Santa Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, la alabó más

que nada, por la fe con que había oído y creído las palabras del Ángel San Gabriel, mensajero de Dios; y su mismo Hijo la proclamó bienaventurada, porque siempre escuchaba la palabra de Dios, y la ponía por obra.

Y, ¿qué decir del uso que hizo de su lengua? Tenía muy presente lo que sobre el hablar y el callar se dice en los Libros sagrados del Antiguo Testamento; y así es que sus palabras eran siempre prudentes y acertadas, ceñidas y bien consideradas, y dichas con reposo, dulzura y suavidad. A nadie lastimó ni molestó con su lengua; a todos edificó siempre con su hablar santo; consoló a muchos afligidos con su conversación, portadora de paz y de consolación espiritual; y era su lengua como un surtidor de la más sana y pura alegría. Pero, sobre todo, empleó su lengua en proclamar las grandezas del Señor, como lo atestigua el Evangelio, en el «Magnificat».

En una palabra, potencias y sentidos los empleó como San Lucas lo consigna dos veces, en recordar todas las cosas de su Divino Hijo, «meditándolas en su Corazón».

Lo mismo enseña San Ignacio para imitar a la Virgen en todas las acciones de nuestra vida; tales como el andar y caminar, el comer y el dormir, el tratar con diversas clases de personas, en darse al trabajo de Ama de casa; y siempre como la Esclava del Señor. Y mirando todo esto con esmerada atención en la vida de la Virgen, nos aconseja San Ignacio que nos examinemos con todo cuidado y con sincero corazón, en qué nos desviamos y apartamos de los ejemplos de la Virgen; y en qué manera la podemos imitar, con la gracia divina, obtenida por su intercesión.

3.º Invocación

Lo tercero en que consiste la verdadera devoción a la Virgen María es valernos siempre de su poderosa y como omnipotente intercesión, acudiendo a Ella con ilimitada e inquebrantable confianza, para conseguir por Ella todas las gracias de Cristo, que necesitamos y deseamos; y esto, a pesar de nuestras miserias, sobre todo las de nuestros pecados, faltas e infidelidades; pues Cristo la ha constituido Reina y Madre de misericordia; la misericordia se muestra y se ejercita en remediar las miserias.

En esto se muestra San Ignacio Maestro consumado; pues promovió, como pocos, y muy eficaz y prácticamente, la fe en la verdad de la me-

diación de intercesión de María; y nos enseñó la práctica de recurrir a esa mediación intercesora de la Virgen para alcanzar todas las gracias del Divino Redentor, su Hijo amantísimo. En lo cual no hay absolutamente nada que se oponga a la verdad revelada de que Cristo, como afirma San Pablo, es «el único Mediador». Lo es ciertamente; pero para con el Padre celestial. Mas también necesitamos de mediación para con el mismo Jesucristo; pues, como dice Santo Tomás de Villanueva, «con nuestros pecados no sólo es ofendido Dios Padre, cuyos preceptos violamos; sino también el Hijo de Dios, Cristo Jesús, cuya Sangre, al pecar, conculcamos, crucificando de nuevo a

Cristo. Y por lo mismo, como ante el Padre interpela el Hijo, como único Medianero nuestro para con El; así para con el Hijo intercede como Abogada y Medianera principal, la Virgen María». Y el gran Doctor de la Virgen, San Bernardo, recogiendo la Tradición de la Iglesia, afirma: «Esta es la voluntad de Cristo: que todos los bienes de su Redención nos vengan por medio de María, su Madre y Maestra nuestra».

Con tanto mayor afecto y segura confianza recurrimos para todo a la intercesión de María, cuanto con el conocimiento, la estima y la imitación de Ella crece más el amor filial; y de todo ello nace la confianza; la cual crece y se aumenta cada día más y más con la suave y grata experiencia de lo mucho que puede esta gran Señora, Madre y Medianera nuestra para con su Divino Hijo, y de las gracias y favores que por su medio alcanzamos.

Y siendo así que a la intercesión de María hemos de acudir, invocándola para todo; nos enseña San Ignacio de una manera más expresa y concreta que la hemos de invocar pidiéndole las cuatro gracias fundamentales de la vida cotidiana.

a) En primer lugar, la gracia en que consiste la verdadera y total conversión. Dice así el Santo en el tercer ejercicio de la primera semana de sus Ejercicios: «El primer coloquio a Nuestra Señora, para que nos alcance gracia de su Hijo y Señor para tres cosas: la primera que sienta interno conocimiento de mis pecados y aborrecimiento de ellos; la segunda, para que sienta el desorden de mis operaciones, para que, aborreciendo, me enmiende y me ordene; la tercera pedir conocimiento del mundo, para que, aborreciendo, aparte de mí las cosas mundanas y vanas. Y con esto, una Ave María».

b) La segunda gracia fundamental es ya la propia de la auténtica vida cristiana. Y la expresa así San Ignacio: «Conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho Hombre, para que más le ame y le siga». Y al resumir todo esto y su pleno significado en una frase muy propia del espíritu caballeresco y militar de San Ignacio, guía al ejercitante para que pida así a la Virgen: «Un coloquio a Nuestra Señora para que me alcance gracia de su Hijo y Señor para que yo sea recibido debajo de su Bandera». Y vivir debajo de la Bandera de Cristo es pelear contra las tenta-

ciones, engaños y asechanzas de nuestro principal enemigo, Lucifer; y así, libres de sus engaños, imitar animosamente a Cristo, aun en lo que es más contrario al espíritu de Lucifer y del mundo; a la luz del interno conocimiento de Cristo, y con la fuerza de un amor entrañable a El; siguiéndole en su camino de la Cruz, y eligiendo en todas nuestras deliberaciones y resoluciones, a imitación de Cristo, lo que es más conforme a la divina voluntad; lo que es del mayor servicio y gloria de Dios.

c) Gran gracia es la tercera, que también hemos de pedir nos la alcance la Virgen; y es cooperar, como Ella, a la obra de Redención de Cristo, participando de su Cruz redentora.

d) Y la cuarta, suplicar a la Virgen que, a semejanza de Ella, participemos, aun en esta presente vida, y con intensa alegría, «de tanta gloria y gozo de Cristo Resucitado»; viviendo en una perpetua resurrección espiritual, la que nos dio el Señor Jesús, con la acción directa del Espíritu Santo, en el Bautismo; y que recobramos cuando la hemos perdido, en el Sacramento de la Penitencia. Así vivimos para Cristo, y no para nosotros mismos, como vivió la Virgen María.

Para todo esto, y para que mantengamos siempre viva la llama de nuestra devoción a la Virgen María, y aun crezcamos en esta santa y saludable devoción del rezo del Santo Rosario; y de manera que en él juntemos la oración vocal con la oración mental, y demos la primacía a la contemplación de los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos que recordamos; los cuales son en verdad los misterios también del amor maternal del Corazón Purísimo de María, unida íntimamente en esos misterios, con el Corazón de su Divino Hijo, e identificado totalmente con El. Si así rezamos el Santo Rosario, en él tenemos la manera práctica y diaria de ir y llegar por la devoción de los Sagrados Corazones de Jesús y de María al Reino de Cristo.

Este modo de rezar el santo Rosario con la fervorosa contemplación de sus misterios es lo que recientemente nos ha recomendado el Papa Pablo VI, en su memorable Carta Apostólica «*Marialis Cultus*».

En verdad, San Ignacio sentía con la Iglesia, al ser Modelo y Maestro de la verdadera devoción a la Virgen María.

«*María, Stella Matutina*»

Fr. ANTONIO DE LUGO, O. S. H.

«*María, Stella Matutina*»

El lugar que María Santísima, Nuestra Señora, ocupa en el plan salvífico de Dios, es ciertamente único e irrepetible. Solo a Ella, pura criatura, el Ángel, la saluda con la expresión de procedencia celestial, «Ave, gratia plena»; solo Ella escuchó de labios inspirados, otro saludo singular, «Benedicta Tú, in mulieribus», al que respondo, en su humildad, con un hermoso cántico de acción de gracias a Dios no revolucionario, como alguien tuvo el atrevimiento de decir; porque, en efecto, «el Todopoderoso, ha hecho en Ella, grandes cosas». La Virgen, que por ser Madre de Dios, según enseña la fe, es también Madre nuestra, aparece en la historia de la humanidad, como la aurora que anuncia el día; «Estrella de la mañana», llamamos a la que, con todo derecho, «Mater Ecclesiae», ya que, es verdadera Madre de Cristo, Cabeza de la Iglesia, y además, como afirma San Agustín, «es verdadera Madre de los miembros, por haber cooperado con su amor, a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza».

Con su libre consentimiento, la Virgen nazarena, queda íntimamente asociado a la obra redentora de su Hijo. Es la Hija predilecta del Padre, la Madre amorosa del Hijo, y la Esposa fiel, del Espíritu Santo; no obstante, María Santísima, está sujeta al régimen de la fe. Es cierto que la fe de nuestra Señora, era ilustradísima, y que la misteriosa acción del Espíritu Santo, aquilatada más y más, ya que María, no estorbó jamás la obra de Dios en su alma. Redimida de un modo singular, en privisión de los méritos de Cristo, y por tanto, preservada del pecado original; enriquecida con tal plenitud de gracia, que incluso de los pecados personales, y hasta de las faltas deliberadas, ha estado providencialmente exenta, la Virgen Santísima, fue siempre, objeto de la complacencias divinas. Su respuesta a lo que, San Gabriel, le propone de parte de Dios, no conoció ya, en toda su vida, desmayo ni reticencias; su consentimiento fue pleno, sin restricciones, y casi a ciegas...; se fió totalmente de Dios; a medida que se van cumpliendo en Ella los designios divinos, la Virgen, que ha recibido con docilidad el Mensaje de Dios, por medio del Ángel, y que humildemente se llamó «la Esclava del Señor», concibe en su seno Virginal, al Verbo del Padre, Palabra sustancial y eterna; su Hijo, es el Hijo increado de Dios.

Sin abusar del texto bíblico, podemos aplicar a María, las siguientes palabras del Libro inspirado: «¿Quién es ésta, que se levanta como la aurora, hermosa cual la luna, resplandeciente como el sol, terrible como escuadrones ordenados?» (Cant. 6-10). Predestinada, desde toda la eternidad, para ser Madre de Dios, y colmada de excepcionales dones de naturaleza y gracia su hermosura, excede a la de todas las demás criaturas juntas; a Ella alude el Profeta, cuando escribe: «Apareció en el Cielo, una señal grande, una mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies y sobre la cabeza una corona de doce estrellas» (Ap. 12-1). Verdaderamente en la lucha contra el poder de las tinieblas, María Santísima, es para los enemigos de Dios, de la Iglesia y del alma, como un ejército bien ordenado, que desbarata todos los planes del adversario. De Ella, nacerá El, que ha de pisar la cabeza de la serpiente infernal, que nada puede contra Ella, como leemos en el texto sagrado: «Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañal» (Gén. 3-15). Por estas y otras muchas razones, es para el hombre la devoción a la Virgen Santísima, eficaz medio contra las tentaciones, con que los enemigos del alma, acechan sin cesar. Es lucha tan desigual, el recurso a María, siempre ha sido signo de victoria. Se advierte, una tendencia, incluso entre católicos, a minimizar la devoción y el culto a Nuestra Señora, cuando con más furia el enemigo ataca a la Iglesia, por todos los flancos. ¿No estará por medio satanás, promoviendo tales iniciativas? El estilo lleva su impronta.

No sólo en la obra redentora, sino también en la santificación de las almas, María Santísima, cumple su misión, en perfecta armonía con la divina misión de su Hijo. Dios lo ha querido así, ¡bendito sea! De Ella, el Padre se ha querido valer, para darnos a su Hijo, y Ella sigue siendo instrumento eficaz de acceso a Cristo, y por El, al Padre; «ad Jesum, per Mariam». Ella es la «Virgo fidelis», que sostuvo, como buena Madre, la fe de los Apóstoles y discípulos, después de la Muerte del Señor. La protección de la Madre del Cielo, es en todo momento, y para todos los hombres, una fineza de la Providencia de Dios; Ella sostiene también nuestra fe; nos consuela en la tribulación, y es poderosa Intercesora, en favor de sus hijos, ante Dios nuestro Señor.

El Concilio Vaticano II, afirma de María que: «Asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión, continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno, se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual, sin embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada nada a la dignidad y eficacia de Cristo, como Mediador», (Cont. Lumen gentium, Capítulo 8-62). En efecto su intercesión en favor de los hombres, es tan cierta que se llenarían muchas páginas, exponiendo sólo los casos más destacados. Con santo atrevimiento, los fieles en sus necesidades, no han dudado, en repetir aquel verso, del himno litúrgico: «Monstra Te esse Matrem»... Es la «Virgo potens»; su poder siempre subordinado al poder de Dios, que ha querido honrar a su Madre de tal forma, que la Iglesia, la invoca como «Virgen poderosa» y acude a Ella, «Omnipotencia suplicante», ya que, con su intercesión alcanza para nosotros, abundantes y eficaces gracias. El mismo Dios y Señor nuestro, en estos tiempos, no cesa de llamar a los hombres a penitencia, por boca de su Madre. No vienen a aumentar la Revelación oficial de la Iglesia, las revelaciones privadas, aunque sobre ellas haya recaído la aprobación eclesiástica, como ocurre con las de Lourdes; Santa Catalina Labeuré; Fátima. La divina Revelación que Dios ha hecho a su Iglesia, ha concluido con la muerte del último Apóstol. No obstante, las revelaciones privadas, cuando son auténticas, tienen un valor, que no se puede desdeñar; la misma Iglesia, las estima en mucho.

Son relativamente recientes las Apariciones de Fátima. Las palabras de la Madre de Dios, son, como el eco de la divina Revelación. El rezo del Santo Rosario, no es la primera vez, que la Virgen Santísima lo encarece; esta oración, ha merecido grandes elogios, por parte de varios Papas, que no sólo han aprobado tal práctica piadosa, sino que la han recomendado vivamente. Los momentos difíciles que vive la humanidad y sobre todo la Iglesia de Cristo, reclaman de nosotros, una vuelta a Dios sincera, y que ha de ser esencialmente y en primer lugar interna, profunda, que transforme el corazón; además, tenemos el deber de reparar, los pecados colectivos, sociales, que tan sin freno, se cometen. Por eso, el Señor, por medio de su Madre, nos recuerda la necesidad de la penitencia y de la oración, tan recomendadas por Jesucristo, en el Santo Evangelio. No seamos sordos a la voz de Dios, que por su Madre nos advierte, que solo en El, encontraremos el remedio a las calamidades que nos afligen. No es que el Rosario tenga un poder mágico; es una manera de ob-

sequiar a María Santísima, con la oración vocal y la meditación piadosa de los principales misterios de nuestra salvación; pertenece al orden de lo sobrenatural, y su poder, no es mágico, sino misterioso, divino; es a Dios, a quien oramos, obsequiando a su Madre.

En medio de tanta confusión, ¿por qué no acudimos a María, con oración ferviente, humilde, confiada? Ella, que, como afirma la Iglesia, «destruyó todas las herejías», vendrá en ayuda del pueblo de Dios. Oigamos a San Bernardo: «¿Qué recela llegar a María la fragilidad humana? Nada hay en Ella austero, nada terrible; todo es suave... Ella se hizo toda para todos... A todos abre el seno de la misericordia, para que todos reciban de su plenitud» (Sermon de la Octava de la Asunción). María, es la «Stella Matutina», que anuncia el día de la salvación, y en Ella, y por Ella, ha hecho el Señor, grandes cosas. Con toda verdad podemos referir a nuestra Señora, las aclamaciones con que el Sumo Sacerdote Joaquín, «Tú, orgullo de Jerusalén; tú, gloria de Israel; tú, honra de nuestro pueblo; por tu mano has hecho todo esto; tú, has realizado esta hazaña en favor de Israel... Bendita seas tú, del Señor omnipotente, por siempre jamás. Y todo el pueblo respondió: Amén» (Jt. 15-8-10).

Los Santos Padres, tanto orientales como occidentales; los doctores de la Iglesia, y sobre todo, el Magisterio auténtico, son constantes en proclamar las grandezas y la misión de María Santísima. Los Papas de los tiempos más recientes, y desde Gregorio XVI, casi sin interrupción, han recomendado con marcado acento al pueblo de Dios, la filial devoción a María. La triste experiencia del hombre, que arrastrado por el ateísmo, alejándose de Dios y queriendo hacer un mundo nuevo, sin referencia alguna a El, es por desgracia bien elocuente. El remedio único y urgente, es la vuelta a Dios, a nivel personal y colectivo, mediante una profunda conversión; para esto no hay otro camino, que el que nos enseñó Jesucristo, «Porque uno es Dios, uno también el Mediador de Dios y de los hombres, Cristo Jesús» (1.ª Tim. 2-5). Sin menoscabo de esta mediación, el mismo Dios, ha querido, que la cooperación de su Madre Santísima a nuestra redención y divinamente admirable, como admirable fue su virginal curso en el misterio de la Encarnación, que hubiera podido sin embargo, efectuarse sin el concurso de ninguna mujer, ni de ninguna virgen» (Luigi Ciappi, O. P). Es expresivo a este respecto, el siguiente texto del Vaticano II: «La Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María; la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados, en esta protección maternal, se una con mayor intimidad al Mediador y Salvador» (Const. Lumen gentium, Cap. 8, núm. 62).

LA TEOLOGÍA, SABER CONTEMPLATIVO - ACTIVO*

Por VICTORINO RODRÍGUEZ, O. P.

1. El problema de la bondad de la Teología

Entre los problemas sobre la calidad de la sagrada Teología —*qualis sit*—, al lado del de su valor de conocimiento o carácter científico y del de su unidad o especificidad, está el de su bondad y practicidad. Santo Tomás, en la primera cuestión de la *Summa Theologiae*, se cuestionó sucesiva y ordenadamente: «*utrum sacra doctrina sit scientia*», «*utrum sit una vel plures*», «*utrum sit speculativa vel practica*». Realmente la respuesta al último problema, del que nos vamos a ocupar, depende intrínsecamente de la respuesta a los dos anteriores, proporcionalmente a la dependencia del *bonum* respecto del *verum*, del *unum* y del *ens*. El conocimiento de la verdad teológica es indudablemente un bien del entendimiento, pero, ¿sólo del entendimiento sin proyección totalizadora sobre las demás facultades humanas? En otros términos, la Teología, ¿es uno de aquellos hábitos especulativos que «pueden llamarse virtudes en cuanto que confieren facultad de obrar bien, que es la consideración de la verdad (lo cual es obra buena del entendimiento), (*Summa Theologiae*, I-II, 57,1), o es, además, un hábito práctico?

Al cuestionar si la Teología es o debe ser *especulativa* o *práctica* o ambas cosas, en paridad o con prevalencia de una u otra función, se está suponiendo que el saber teológico se encuadra o se puede encuadrar en las modalidades fundamentales del conocimiento humano: teórico-práctico, contemplativo-activo. Este supuesto se ha sometido a revisión últimamente, como veremos.

2. Precisión terminológica

Aunque la terminología al respecto no sea demasiado equívoca, conviene precisarla antes de entrar en ulteriores análisis y formulaciones conclusivas.

a) Por *Sagrada Teología* entenderemos, de acuerdo con su etimología y con el uso histórico

más frecuente, desde el siglo XIII hasta hoy, el hábito mental discursivo del hombre creyente sobre los contenidos de la fe, es decir, sobre Dios y sobre las demás cosas en orden a Dios. Objetivamente nace de los datos de la Revelación contratados con los inteligibles humanos; y subjetivamente nace de la fe encarnada en la mente humana con sus conocimientos y leyes discursivas. Si bien el hábito teológico presupone la fe infusa y nace de ella, ambas realidades difieren esencialmente. La fe no es teología; el dogma no es una conclusión teológica. La fe es un hábito infuso; la teología es un hábito adquirido pensando correctamente sobre los contenidos de la fe; la fe versa formalmente sobre lo revelado y creíble; la Teología contempla lo creíble como inteligible: versa —en expresión de S. Buenaventura— sobre lo «*credibile prout tamen credibile transit in rationem intelligibilis, et hoc per additionem rationis*» (*In I Sent., prooemio, q. 1*).

Dentro de su especificidad átoma ejerce distintas funciones: examen crítico de las fuentes de la Revelación; estudio del proceso revelación-asentimiento de fe; inteligibilidad analógica de los misterios; derivaciones o implicaciones lógicas de los mismos; consecuencias morales de la Revelación; defensa racional de la fe; historia de los dogmas, de la misma teología y de las realidades salvíficas.

b) Con la expresión *saber contemplativo* queremos indicar un conocimiento especialmente valioso o superior, degustativo de la verdad (saber, de *sapere*, tener gusto, de donde *sabiduría*), más bien directamente contemplada, con profundas resonancias subjetivas, que remota y abstractamente especulada. Pues si bien etimológicamente y en el uso primitivo de las palabras, contemplación, especulación y teoría comenzaron por significar lo mismo, esto es, observar o examinar atentamente *ex alto* (a «templo» = lugar alto; y a «specula» = atalaya), en el uso posterior el saber contemplativo se contrapone no sólo al saber práctico o normativo de la acción, sino también a la

* Ponencia leída en el Congreso TEORÍA Y PRÁXIS (Génova-Barcelona, 8-XII-1976).

mera especulación abstracta, que no alcanza a Dios sino a través de las criaturas (S. Tomás, *III Sent.*, dist. 35, q. i. art. 2. q. 3, n. 43), y que, desde Kant, se suele contraponer al saber empírico o experimental. En cambio el saber teológico, como veremos, es más que especulación metafísica sobre Dios y no excluye cierta experiencia de la verdad.

c) Llamamos a la Teología *saber activo*, más bien que práctico, para no reducir su función normativa a la praxis en el sentido extrínsecista y social que va tomando modernamente. «Activo» deriva del verbo «agere», que significa ordenar, conducir, obrar, tanto interior como exteriormente, en contraposición al «facere», que indica más bien acción transitiva. Así se puede hablar con propiedad de «acto» de «operación» del entendimiento o de la voluntad, pero no de un «hecho» (factum) inmanente a estas facultades (Cf. S. Tomás *In In Ethicorum*, lec. t. 1, n. 13), al no ser en sentido impropio o traslaticamente, cuando la acción de estas facultades tiene un efecto permanente fácilmente objetivable, v. gr. hacer (facere) costumbres, hacer silogismos, hacer leyes o discursos, etc. La *praxis*, lo mismo que el verbo original griego «prassein» o «prattein», y el abjetivo derivado «práctico», indica más bien ejecución, actividad y comportamiento exterior, más afín al «facere» utilitario (en contraposición al «farece» productivo o creador, que es el «poiein» griego) que al «agere». Es el sentido que suele prevalecer actualmente, quizá por influjo del léxico marxista, por más que anteriormente se le había dado la amplitud marcada por Escoto de acto ilícito o imperado de la voluntad, incluyendo la misma visión beatífica. «Dico igitur-advierit Escoto-primo quod *praxis* ad quam cognitio practica extenditur est actus alterius potentiae quam intellectus, naturaliter posterior intellectione, natus elici conformiter intellectioni rectae ad hoc ut sit rectus... Praxis ad quam extenditur habitus practicus non est nisi actus voluntatis elicited vel imperatus» (*Prólogo al Comentario de Oxford a las Sentencias*, P.V. q. 2, nn. 228 y 230, p. 175, Ed. BAC, Madrid 1960. Cf. *ibidem*, nn. 320-321, p. 225-226). Para subrayar más el ámbito interior y personal que el exterior y social, ya en el siglo XIII (S. Alberto Magno y S. Buenaventura, por ejemplo) llamaban «afectiva» a la función práctica de la Teología, en contraposición a la «póiesis» y a la «praxis».

Así, pues, saber contemplativo o especulativo,

y saber activo o práctico (con los matices señalados a la duplicidad de términos) se contraponen como el conocimiento puro de la verdad, abstracta o experimental, sin otra finalidad perfectiva que la actuación del entendimiento; y el conocimiento esencialmente normativo de la acción que realizan inmanente o transeúntemente las demás facultades del hombre y el mundo instrumentado por él. El conocimiento especulativo nace y termina de suyo en el entendimiento; el práctico (aunque se de en el entendimiento especulativo, cuando se trata de ciencia práctica, como ahora, en contraposición a los hábitos prudenciales, que son del entendimiento práctico) está ordenado de suyo a la acción o praxis. En términos de S. Tomás: «intellectus practicus difert a speculativo fine; finis enim speculativi est veritas absolute, sed practici est operatio» (*De Veritate*, 3,3); «in speculativis scientiis nihil aliud queritur quam cognitio generis subiecti; in practicis autem scientiis intenditur quasi finis constructio ipsius subiecti» (*In I Post. Analyticorum*, lect. 41, n. 7). Ello no obsta a que el sujeto o sabedor utilice la ciencia especulativa para otros fines distintos del puro saber (por ejemplo, conseguir una cátedra o ganar dinero), emplee instrumental técnico de investigación positiva o de verificación experimental (las «prácticas»); o, a la inversa, especule sobre el saber práctico y la praxis, teorizando simplemente sobre la vida humana y sus normas sin intención directiva: metafísica de la acción y del deber, crítica estética, etc.

Habida cuenta de la existencia de estos dos órdenes de conocimientos: los teóricos o especulativos, como las ciencias de la naturaleza, la matemáticas, la metafísica, y la lógica; y los prácticos, como la ética, las ciencias aplicadas, las artes y las técnicas, aparte los de orden prudencial, lógicamente a la Teología se le pidió en seguida que se definiese a sí misma en este aspecto: si es especulativa o práctica o ambas cosas.

3. Historia de las respuestas

Primera respuesta. La sagrada Teología, ciencia esencialmente una es a la vez especulativa y práctica, pero más práctica que especulativa. Así San Buenaventura (*I Sent.*, proemio, q. 3), que prefiere llamarla ciencia «afectiva», cuyo fin principal es hacernos buenos. En esta misma línea estaba Alejandro de Hales (y, en general, la escue-

la franciscana), si bien él no concedía carácter científico a este saber, debido a la falta de universalidad en el objeto y de rigor lógico en el método. «Omnes aliae scientiae-dice-traduntur secundum ordinem ratiocinationis a principiis ad conclusiones, quibus doceatur intellectus, non moveatur affectus; sed Scriptura sacra traditur secundum ordinem informationis practicae principiorum ad operationes, ut moveatur affectus secundum timorem et amorem ex fide iustitiae et misericordiae Dei» (*Summa Theologiae*, tract. introductorius, q. 1, cap. 2). De ahí que la Teología, según él, no deba proceder definiendo, dividiendo y razonando, sino historiando, revelando, exhortando, ejemplificando, orando ordenando (Cf. *ibidem*, cap. 1). Le concede, no obstante, mayor verdad y certeza que a las demás ciencias, debido a la inspiración interna del Espíritu Santo.

Segunda respuesta. La sagrada Teología, siendo una ciencia de unidad específica átoma, es a la vez y eminentemente especulativa y práctica, pero más especulativa que práctica. Tal es la respuesta de Santo Tomás (*Summa Theologiae*, I, 1.4), sobre cuya fundamentación volveremos más adelante. Como variación puramente terminológica de esta posición puede notarse la del discípulo de Santo Tomás Egidio Romano, que escribe: «Theologia nec speculativa nec practica proprie dici debet, sed affectiva, quia ad affectionem principaliter inducit... Si tamen quaeratur utrum sin magis practica quam speculativa, vel e converso, responderi debet quod magis est speculativa quam practica, quia visio divina magis principaliter respicit beatitudinem, ad quam ordinatur omnis nostra cognitio... quam faciat operatio» (*I Sent.*, prol., P. IV, q. unic.).

Tercera respuesta. La Teología no es especulativa, sino práctica. Así pensaba, ya en pleno siglo XIII, el dominico oxoniense Roberto Kilwardby (*De natura Theologiae*, Ed. Stegmüller, Aschendorff 1935, pp. 27-32-41), acentuando la posición de Alejandro de Hales sobre el método práctico de la Teología. Pero fue Juan Duns Escoto quien más ampliamente expuso a principios del siglo XIV esta teoría en su extensa Pars V del Prólogo al Comentario a las Sentencias (Ed. cit., pp. 169-257). Argumenta Escoto por el concepto de conocimiento práctico (= ser aptitudinalmente conforme a la volición recta y naturalmente anterior a ella) y por el concepto de Teología, cuyo primer objeto es el último fin, de donde se toman los primeros principios de la volición recta

y de toda praxis. «Confirmatur ista ratio, quia cum primum obiectum theologiae sit finis ultimus, et principia in intellectu creato sumpta a fine ultimo sunt principia practica, ergo principia theologiae sunt practica; ergo et conclusiones practicae» (*Ibidem*, n. 314, p. 224). Según Escoto, pues, todo conocimiento teológico nace del conocimiento del último fin y se ordena a la volición; es, por tanto, solamente práctico, porque para él el conocimiento especulativo y práctico se oponen «ut et ista: non-extensibile ad praxim, et extensibile ad praxim» (*Ibidem*, n. 341, p. 239); «dico quod non potest esse circa idem obiectum habitus speculativus et habitus practicus» (*Ibidem*, n. 359, p. 251); «speculativum et practicum sunt differentiae accidentales intellectus, licet sint essentiales habitum et actuum» (*Ibidem*, n. 359, p. 252). Por supuesto que extiende el concepto de praxis a la fe y a la fruición beatífica (*Ibidem*, n. 345, p. 243; nn. 320-321, pp. 225-226).

Cuarta respuesta. También a finales del siglo XIII opinó todo lo contrario Enrique de Gante: la teología no es práctica, sino especulativa o contemplativa, lo mismo que la de los bienaventurados en el cielo, que no necesitan ya dirigir su actividad, de la cual no difiere esencialmente nuestra teología (*Summa theologica*, a. 8, q. 3; *Quodl.* 8, q. 1; *Quodl.* 12, q. 1).

Quinta respuesta. La Teología es especulativa y práctica, no en el sentido de que un mismo hábito ejerza ambas funciones, sino en cuanto que la Teología designa un conjunto de hábitos distintos, unos especulativos y otros prácticos. Así opinaba, al parecer, Godofredo de las Fuentes, a finales del siglo XIII y principios del XIV (*Quodl.* 13, q. 1. Cf. las referencias de Escoto, lugar cit., nn. 305-312)); y en el siglo XVI abundan en ese mismo sentido Luis de Molina (*In I P.*, disp. 2) y Francisco Suárez (*Disp. Metafisica* 44, sec. 2). Esta respuesta, como se ve, compromete la unidad específica de la Teología.

Sexta respuesta. En nuestro siglo, concretamente en tiempos de San Pío X, Pío XII y Pablo VI, en los medios «modernistas» y de la «nueva teología», se valoraba o valora la Teología principalmente por su fuerza vital, por su concreción histórica, por su capacidad para captar o excitar la vivencia religiosa en los hechos personales o sociales, menospreciando, si no negando, el valor de la teología especulativo-científica, bien por considerarla inadecuada a la verdad religiosa (que no es abstracta, necesaria, impersonal, es-

peculable, sino concreta, histórica, personal, existencial), bien en razón de actitudes agnósticas más radicales, incompatibles con una especulación de contenido objetivo y trascendente. No se trata, pues, de una practicidad o afectividad postulada por el objeto beatificante de la Teología (como en San Buenaventura y Escoto), sino por las exigencias y posibilidades subjetivas del hombre, y la condición histórico-existencial de la Revelación, Paradójicamente muchos de estos teólogos son eminentemente especulativos y se ocupan preferentemente en teorizar sobre la inconsistencia de la especulación teológica, en general o en temas concretos.

Séptima respuesta. A mediados de este siglo, los propulsores de la «teología kerygmática» (= de la predicación), cuyo principal centro fue Innsbruck, manifestaban una apreciación muy similar a la ya reseñada de Alejandro de Hales y de Roberto Kilwardby: la Teología debe abandonar el método especulativo-científico de verdades abstractas, y acomodarse a las exigencias de la predicación: concreta, simbólica, vital; más en consonancia con el estilo de la Revelación y con la capacidad receptiva de los fieles. Más que negar la existencia de la función especulativa, niegan su utilidad.

Octava respuesta. En estos últimos años, digamos desde 1968 en cuanto a las principales manifestaciones escritas, son varios los autores europeos e hispanoamericanos que conciben la teología como un saber contemplativo-activo, pero abocado principalmente a la praxis y consumado en ella. Esta posición se basa en una concepción totalmente antropocéntrica de la Teología, cuyos principales mentores son actualmente, según mis lecturas, Rahner Schillebeeckx y Juan Bautista Metz. En los teólogos «liberacionistas» de Hispanoamérica (Gustavo Gutiérrez, Hugo Hassmann, Segundo Galilea, por ejemplo) el activismo teológico se encarna notoriamente en la técnica marxista, cuya terminología tienen gusto en adoptar. Cuando hablan de contemplación y de praxis, se han de entender, principal cuando no exclusivamente, como experiencia humana y praxis revolucionaria. Y esto no sólo en Tecnología, sino también en el orden de las virtudes teologales y de la oración.

No es necesario advertir que esta Teología contemplativo-activa, pero principalmente activa, no se parece más que en la fórmula a la así calificada por San Buenaventura. No se orienta di-

rectamente a conocer a Dios para amarlo mejor y poseerlo, sino a conocer mejor los problemas humanos, a hacer tomar conciencia de ello y a luchar por la liberación socio-política de los hombres. Es más: así como cuando se habla del giro antropocéntrico de la Teología no se trata tanto de subrayar o de dar prioridad al tema del hombre, sino a enfocar antropológicamente todos sus contenidos (convirtiendo al hombre en objeto formal «quod» y «quo» de la Teología, en lugar de Dios, esto es, convirtiendo de hecho la teología en antropología), también los teólogos de la liberación pretenden que la praxis sea la perspectiva u horizonte totalizador de todo discurrir teológico, de modo que podríamos hablar con más propiedad de una praxeología que de una teología. La ortodoxia se reduce a ortopraxis. No es éste el momento de entrar en descripciones más detalladas. La bibliografía es abundante y fácil.

Novena respuesta. La Teología —se ha escrito también— no es ni principalmente especulativa ni principalmente práctica, sino algo esencialmente distinto, irreductible a estas categorías escolásticas. Así piensa Gottlieb Söhngen: «El conocimiento cristiano de la salvación no es ni principalmente teórico, ni principalmente práctico (ético), ni tampoco principalmente técnico (algo así como una *cura animarum*); es esencialmente algo más y algo distinto y no puede ser entendido en su verdadero centro íntimo mediante aquella serie de conceptos escolásticos. Ante todo, como ya se ha dicho antes, el conocimiento cristiano de la salvación no es un mero saber objetivo, que conoce sus verdades y sus realidades como simples objetos de conocimiento. No es una mera conciencia de la realidad, sino presencia real de la realidad de Cristo mediante el Espíritu Santo, que habita por la fe en nuestros corazones (Ef. 3,17)» (*La sabiduría de la teología por el camino de la ciencia*, en «Mysterium salutis», I/2, p. 1003, Ed. Cristiandad, Madrid 1969).

4. La Teología, siendo esencialmente una, es toda, formal y eminentemente, contemplativo-activa

Al afirmar que es *toda*, contemplativa y activa, queremos evitar que se reduzca la función contemplativa a unos tratados solamente (la parte dogmática) y la función práctica o activa a otros (la parte moral). La Teología es toda y en cada una de sus partes contemplativa y activa, más o menos según las materias. Preferimos lla-

marla «activa» más bien que «afectiva», por la nota de pasividad que sugiere este término, que traduciría bien la peculiaridad de la experiencia mística (que no es meramente pasiva tampoco), pero que es menos adecuado al conocimiento normativo o regulador de la acción y de la praxis cristianas.

Y al afirmar que lo es *formal y eminentemente*, queremos acentuar la inmediatez de ambas funciones; que sea lo uno formalmente y lo otro sólo virtual o mediatamente. Con la precisión de «eminentemente», tan usual en el lenguaje teológico, indicamos la transcendencia de estas funciones teológicas respecto de las que ejercen las ciencias humanas especulativas y prácticas en ámbitos específicamente diversos. Así como se dice que en Dios existen «formaliter eminenter», de modo unitario, las perfecciones simples y diversas de las criaturas, así en la sagrada Teología, que es «quadem impressio divinae scientiae» (S. Tomás, I, 1,3 ad 2), confluyen en unidad superior las perfecciones de las ciencias humanas especulativas y prácticas. Diremos, pues, con Santiago Ramírez, que «no es una ciencia dividida en distintos géneros o especies, como la filosofía o las ciencias humanas. Es una irradiación y participación formal de la ciencia misma de Dios, que no se divide ni atomiza, sino que lo abarca toda en su unidad transcendente. El dogma y la moral, la ascética y la mística, la patrología y la pastoral, la exégesis y la simbólica, son una y única teología específica. La teología supera y trasciende las categorías de las ciencias puramente humanas y naturales. No es propiamente especulativa ni práctica, sino más bien contemplativa y afectiva a la vez, *per modum unius*, fundiéndose en ella conocimiento y vida. La vitalidad de la teología, como la vitalidad de la fe teologal, es más bien hacia arriba, hacia Dios, hacia la vida eterna de que es un anticipo y un destello, que hacia abajo, hacia la vida terrestre y animal en que en realidad gemimos, a no ser para enseñarnos a sobrenaturalizarla y divinizarla». (*Teología nueva y telogía*, p. 35. Madrid, Ateneo 1958. Cf. *De hominis beatitudine*, vol. 3, n. 138, pp. 312-319. Madrid, C.S.I.C., 1972).

Entendidos así los términos de la proposición que hemos adelantado, su verdad teológica responde a los siguientes puntos de vista:

a) Al *motivo formal* de toda la Teología. Toda la Teología, en unidad específica átoma, está respaldada o motivada por la divina reve-

lación, que enseña tanto lo que se ha de saber (Trinidad, Encarnación, vida eterna, etc.), como lo que se ha de saber y obrar (amar, ser justos, misericordiosos, etc.) Y así como la fe, que responde inmediatamente a la divina revelación, es unitariamente contemplativa y activa, que oye y obra (Cf. Santiago, 1, 22-25; 2, 14-26), que cree en Dios y en el amor a los demás (I Jn 2, 3-4; 3, 23), de modo parecido la Teología, que reflexiona, apoyada en la fe, sobre los contenidos de la Revelación, ha de ser contemplativa y activa o normativa de la acción. Es decir, la divina revelación que da el ser específico de conocimiento sacro y la unidad átoma a la Teología, le da consiguientemente la bondad de saber normativo del comportamiento de los hijos de Dios. En ulterior instancia, esta cualidad no es más que el reflejo de la ciencia de Dios (de la que es «quaedam impressio») que en su máxima simplicidad es sumamente contemplativa y eficazmente activa (Cf. S. Tomás, *Gumma Theol*, I, 15, 16).

Santo Tomás condensó su argumentación en estos términos: «Respondeo dicendum quod sacra doctrina, ut dictum est (a. 3 ad 2), una existens, se extendit ad ea quae pertinent ad diversas scientias philosophicas, *propter rationem formalem* quan in diversis attendit: scilicet prout sunt *divina lumine* cognoscibilia. Unde licet in scientiis philosophicis alia si speculativa et alia practica, sacra tamen doctrina comprehendit sub se utramque; sicut et Deus eadem scientia se cognoscit, et ea quae facit» (I, 1,4). En esta actividad hay que incluir el afecto, que es el primer efecto de la contemplación en la voluntad. «Notitia de Deo, quae habetur per fidem —dice S. Tomás—, et illuminat intellectum et delectat affectum, quia non solum dicit quod Deus est prima causa, sed quod est Salvator noster, quod est Redemptor, quod diligit nos et quod est incarnatus pro nobis: quae omnia affectum inflammant» (*In II Corp.*, cap. 2, lect. 3, n. 73. Ed. R. Cai, Taurini, Marietti, 1953).

b) La *temática teológica*. Dios, que es el objeto principal, el «subiectum attributionis» de la Teología, en orden al cual se define esta ciencia, es indudablemente creíble y contemplable. Pero a la vez que es la Suma Verdad, es también la Suma Bondad, y, por tanto, sumamente amable y apetecible, aunque no sea operable. De ahí que su conocimiento sea a la vez contemplativo y afectivo. Pero hay más: referida esta Bondad a los hombres como viadores y responsables de

nuestro peregrinar hacia Dios, aparece como último fin de nuestra vida, accesible en virtud de los méritos de Cristo y de nuestra vida de gracia. De este modo Dios se proyecta finalísticamente sobre toda la vida humana a la vez que tiende su mano graciosa a todos. De ahí que el conocimiento de Dios, sin dejar de ser contemplativo y afectivo, se convierta en sumamente activo y eficaz en todo el comportamiento humano digno de los hijos de Dios. y de ahí también que sea sumamente vital, no sólo en cuanto conocimiento o contemplación («Haec est *vita* aeterna, ut cognoscant te solum Deum verum» —Jn. 17,3—; «similes ei erimus —a El que es la verdad y la vida— quoniam videbimus eum sicuti est» — I Jn. 3,2), sino también y más extensivamente, en cuanto norma directriz de toda la vida individual, familiar, social. Es un saber gradualmente afectivo, activo, práctico y, finalmente, frutivo. El valor práctico de la Teología es más que la fría utilidad cara a la praxis, y que las técnicas pastoralistas; es profundamente humano y trascendente, inspirador del mejor humanismo cristiano.

c) A la *condición del hombre cristiano*. La Teología, como la fe, es ontológicamente una cualidad humana, un hábito perfectivo del hombre cristiano. En cuanto fiel cristiano, la Teología le califica perfectamente en su capacidad de conocimiento sobrenatural y normatividad salvífica, proporcionalmente a las dimensiones de la fe, según indicaba en el punto primero. Pero en cuanto hombre, su teología ha de ancanzarle, ha de revestirle en todas sus aperturas a la verdad, como ser intelectual y como ser responsable de sus acciones, como contemplativo y como artífice de su vida religiosa. Siendo la sagrada Teología la ciencia unitaria de orden de la Revelación hecha al hombre y para perfección del hombre *versus Deum*, ha de ejercer ordenada y jerárquicamente ambas funciones, contemplativa y activa, a la medida del hombre, que es, en profundidad humana, más contemplativo que activo, cuya praxis comienza y termina en la contemplación, como la esperanza empieza en la fe y termina en la visión. Pienso que el intento programático de reducir, a título de realismo, el conocimiento de Dios a conocimiento del hombre, y la especulación o contemplación teológica a la praxis, no tiene otra explicación que: o el presupuesto de un immanentismo cósmico materialista de la vida, o el presupuesto agnóstico que no reconoce realismo y vitalidad al conocimiento contemplativo.

Supongo que este segundo presupuesto es el que opera, por ejemplo, en E. Schillebeeckx cuando escribe: «Debemos seguir siendo conscientes del hecho de que el Dios vivo solamente se puede expresar de una manera que pueda ser experimentada por nosotros en nuestras vidas y *desde* nuestras vidas con los demás hombres en este mundo... Nuestra relación interpersonal con Dios no puede tener lugar aisladamente, pues sería entonces una relación *vacía*, sin un contenido explícito» (*Teología del nuevo modo de hablar sobre Dios*, en «Teología de la renovación», I, p. 92-93. Salamanca, ed. Sígueme, 1972. Insiste en ello en *Interpretación de la fe*, pp. 16-20 y *passim*. Salamanca, ed. Sígueme, 1973).

Si el giro antropocéntrico de la Teología termina por dejar la Teología sin Dios (como quería Feuerbach), su ulterior giro sobre la praxis, específica o revolucionaria, termina dejando a la Teología (= antropología) sin hombre interior, intelectual-afectivo; termina deshumanizándola en gran manera. Por lo visto no todos ven la cosa tan negativamente. No hace mucho que un teólogo italiano deseaba la preparación de una teología antropológica de estilo feuerbachano que derumbe la teología tomista fundada sobre la transcendencia metafísica (Cf. C. Fabro, *La aventura de la teología progresista*, p. 114. Pamplona, Eunsa 1976. Fabro hace la pertinente crítica a estos intentos). La herencia kantiana del agnosticismo crítico, tan inoculado últimamente en muchas mentes católicas, trae estos resultados: la insensibilidad para el *bonum veri* termina por incapacitar para el *verum bonum*.

d) Esta triple razón nos lleva a concluir simultáneamente que la Teología es *más especulativa que la Metafísica y más práctica que la Ética*; que es una supermetafísica y una superética en su unidad átoma. Lo expresaba así Santiago Ramírez: «Et inde est quod Sacra Theologia, una existens, est magis speculativa quam Metaphysica et magis practica quam Ethica. Metaphysica enim speculatur Deum in medio creato ex sensibilibus abstracto, secundum illud: «invisibilia ipsius a creatura mundi per ea quae facta sunt, intellecta, conspiciuntur» (Rom. 1,20); sed Theologia Sacra Deum contemplatur directe ut subiectum scientiae, per lumen revelationis virtualis ex ipso Deo derivatum. Altius est ergo et divinus obiectum formale *quod et medium* illud attingendi in Theologia quam in Metaphysica, et magis accedit ad rationem *contemplationis*, quae est

ment. Unde fides est in gratuitis, sicut intellectus principiorum in naturalibus et acquisitis»). La vida cristiana deriva del corazón a las obras (*Mt.* 15,19), y a esta prioridad ha de atender la Teología como práctica y comprometida totalmente con la vida cristiana. Una Teología horizontalista, primordialmente extrovertida en la vida de relación humana y en los problemas sociopolíticos, y alimentada preferentemente de experiencia mundana, no sólo pierde su auténtico ser teocéntrico y contemplativo, sino lo mejor de su vitalidad y practicidad personal y cristiana. Una teología cristiana atenta a la vida, no debe perder de vista las figuras simbólicas de Marta y de María (*Luc.* 10, 40-41; *Jn.* 11, 5): Marta servía y suplicaba llena de fe, amor y esperanza, y María escogía la mejor parte contemplando.

7. La liberación a que está llamada a servir la Teología es liberación de la ignorancia, del vicio personal y del desorden social

La función negativa de la Teología, como ciencia apoyada en la palabra de Dios y en los principios de un sano pensamiento, es liberar a la razón humana de la impotencia, de la ignorancia y del error, y, consiguientemente, denunciar y rectificar los caminos inmorales de la vida, con más o menos certeza y concreción según los grados de sus certezas explícitas y la transparencia u opacidad de las situaciones individuales y sociales. Donde termina lo claro y distinto según la Fe y la Teología, tendrá que entrar en función la prudencia cristiana (último dictamen práctico). En todo caso debe tenerse en cuenta que el desorden social es efecto del desorden personal, y el desorden personal tiene su raíz en la mente, y el norte de la mente es la palabra de Dios. Como decía Pablo VI a los Aspirantes de A.C.I. (21-III-1974), «la acción no puede ser luz de sí misma. Si no se quiere obligar al hombre a que piense como actúa, es preciso educarlo para que actúe como piensa. Tampoco en el mundo cristiano, donde el amor y la caridad tienen una importancia suprema, decisiva, se puede prescindir de la luz de la verdad, que ofrece al amor sus objetivos y sus motivos». Y al año siguiente (27-IV-1975): «No se encuentra en el buen camino quien antepone la acción al pensamiento, la práctica a la doctrina, el voluntarismo a la sabiduría, la llamada teología de la liberación a la teología de la revelación». Y en la Carta que en-

vió, a través de la Secretaría de Estado, al Congreso Internacional «Teoría y praxis», celebrado en Génova-Barcelona (8-15 septiembre 1976) subraya especialmente el influjo totalizador de la contemplación sobre la acción: «La teoría se extiende en la práctica y por consiguiente cuanto más alta y amigable sea la verdad conocida, tanto más se detiene el espíritu a contemplarla y gozar de ella con un íntimo gozo, de suerte que la verdad se convierte en principio de una práctica más elevada, convencida y eficaz. Por ello la sabiduría teórica en su desarrollo práctico deberá estar al corriente de la historia, de las condiciones culturales y sociales de la actividad humana y deberá también chocar con la historia, en cuanto a todo lo que de malo se contiene y se obra en ella. Y si bien en el paso desde la teoría a la práctica la humanidad no podrá nunca llegar a actuaciones exhaustivas, no obstante deberá siempre evitar realizaciones contradictorias».

A su vez la Sagrada Congregación para la Educación Católica advertía recientemente que «la reflexión racional da lugar a una *teología de la palabra*, que no puede ser sustituida por una *teología de la praxis*, la cual prescinde de todo empeño metafísico y disuelve la teología en las *ciencias del hombre*, reduciéndola, por consiguiente, a un puro fenomenologismo y pragmatismo» (*la formación teológica de los futuros sacerdotes*, n. 39. Roma 22-II-1976).

Al describir la *octava respuesta* a nuestro problema notaba el proceso regresivo *teocentrismo-antropocentrismo-praxismo*. Pienso que es urgente una recuperación teológica en sentido inverso, una «liberación de la Teología», tanto en el orden *gnoseológico* como en el orden *temático*. Quiero decir que urge dar prioridad a la palabra de Dios sobre las opiniones de los hombres; a los principios de pensamiento de valor perenne sobre las experiencias humanas variables y plurivalentes; al tema de Dios sobre los temas humanos; a la vida teologal sobre la vida moral; a la contemplación sobre la praxis. La S. Congregación citada acaba de señalar los cauces de la deseada recuperación, apuntando, con el Concilio Vaticano II y con Pablo VI, a la figura modélica, hoy como siempre, de Santo Tomás. Y al año siguiente (27-IV-1975): «No se encuentra en el buen camino quien antepone la acción al pensamiento, la práctica a la doctrina, el voluntarismo a la sabiduría. La llamada teología de la liberación a la teología de la revelación».



SOÑANDO CON EL BUEN FRAILE TOMAS (VI)

M. M. DOMÉNECH I.

Fray Tomás. — ¿Otra vez andas tristón, hijo? Discípulo. — Sí, fray Tomás, es descorazonador.

F. — Vamos a ver. ¿Qué te acongoja ahora?

D. — Que ni siquiera los que nos tenemos por más tomistas, le somos fieles. Un autor que se presenta como tomista escribe lo siguiente: «Ciertamente hay que reconocer que la causalidad final ha sido descrita por Aristóteles de una manera antropomórfica, que casi dejaba sobreentender una especie de animismo generalizado; algo así como si la causa eficiente más material buscara intencionalmente un fin, lo deseara».

F. — Desde luego es lamentable, porque quien piensa así nunca podrá comprender aquello de San Agustín: «Los pesos son como los amores de los cuerpos». (La Ciudad de Dios, libro XI, cap. 28.)

D. — ¿Por qué los científicos modernos le tienen tanta manía a la causa final?

F. — El fin tiene razón de bien, que es lo que todas las cosas apetecen. Toda la ciencia moderna consiste en modelos fisicomatemáticos y no puede dar razón de las fuerzas naturales porque, como dice el filósofo en el III de los metafísicos, las matemáticas nada tienen que ver con el bien y el mal. (S. Th. 1, 44, 1 ad 3).

D. — Si no fuera tan triste, haría reír, porque resulta que el miedo a aproximar los minerales al hombre, les ha hecho ver al hombre como un complejo de minerales. Mirarlo todo matemáticamente, hace olvidar el ser, el bien y la verdad. Saben calcular los movimientos de los astros, y no saben quién los mueve ni para qué.

Vea Ud. otro párrafo del mismo autor: «Era la ruina definitiva de la representación aristotélica del mundo, sustituida por otra, que descon-

certaba a los espíritus tradicionales, la de un universo sin límites, ni jerarquía, homogéneo y de igual naturaleza, y que ya no necesitaba un motor, pues las estrellas ya no estaban fijas en una esfera imaginaria, siendo su rotación sólo una apariencia debida a la rotación de la tierra. Con esta nueva visión completamente desacralizada se desvanecía toda una estampería científica y religiosa, así como el contexto cultural en el cual se interpretaba tradicionalmente la Biblia. Los ulteriores progresos de la astronomía no hicieron sino confirmar esta adquisición definitiva». Para este autor el principio de inercia es «la idea básica de la mecánica moderna»: un cuerpo en movimiento uniforme no necesita ninguna fuerza para continuar moviéndose de la misma manera.

F. — Pero el hecho de que los cuerpos continúen moviéndose si no interviene ninguna fuerza corporal que modifique el movimiento no quiere decir que el movimiento no tenga causa; ésta debe buscarse entre los seres espirituales si no se halla entre los corporales; el movimiento es cierto acto y debe ser conservado como lo es el ser de las cosas creadas.

D. — A mí no tiene Ud. que convencerme. Lo triste es que esas ideas no sean más frecuentes ni siquiera entre los que presumen de profesar su filosofía.

F. — ¿Por qué no escribes tú un libro mejor?

D. — Mire, fray Tomás, a mí me parece que se escribe demasiado. Con tanto periodismo, tanta prensa y tantos libros, encontrar una frase luminosa es más difícil que encontrar una aguja en un pajar. Después de Ud. no hay que hacer una metafísica, ya está hecho; como mucho habría que añadirle un pequeño apéndice donde se interpretaran ontológicamente los fenómenos físicos des-

cubiertos desde que Ud. murió, para quitarles a los tomistas el complejo de inferioridad que tienen frente a la ciencia moderna. Todo lo verdaderamente nuevo y verdadero que yo podría decir en este terreno no ocuparía más que unas pocas páginas y lo demás sería paja. ¡Y hay tanta paja que quemar entre lo que ha llegado a escribirse! Usted no puede imaginarse lo fácil que es hoy reproducir un texto; lo que en sus tiempos costaba meses de trabajo, se puede hacer hoy en unos minutos con una simple fotocopiadora electrostática; los libros se editan a un ritmo muchísimo mayor que aquel con que vienen a la mente de los hombres las ideas geniales, y el resultado son estantes y estantes de librerías con los mismos tópicos puestos en orden diferente.

Yo, en resumen, no tengo más que decir que la causa de la inercia son los ángeles y que las fuerzas corpóreas son debidas a las formas que imprime Dios en la materia prima; que el concurso de todas estas causas es lo que produce la figura de este mundo, donde es posible la generación del hombre hasta que se cumpla el número de los elegidos que alabarán a Dios en el hoy

eterno de la gloria junto a todos los coros angélicos.

Con esto, su concepción jerárquica del universo se enlaza suavemente con la fisicomatemática moderna que termina forzosamente antes de poder alcanzar la causalidad ontológica en su objeto material.

Es mejor que Ud. le pida a Dios, para nosotros, un corazón limpio, para que podamos verle a pesar de la suciedad que nuestra imaginación pone en las representaciones del universo que nos hacemos sobre las abstracciones matemáticas que consigue la ciencia. Se trata de que la divulgación científica, que tanto daño hace, no caiga sobre mentalidades vacías de contenido espiritual y de que la ciencia ficción, con sus vanas promesas, no sustituya el afán de misterio y redención que florece en los corazones de los hombres, para que volvamos a comprenderle a Ud. y sus sanas enseñanzas impregnen otra vez las costumbres y pueda llamarse de nuevo Cristiandad a nuestro humano quehacer aquí en la tierra.

(Y entonces me desperté.)

LOS PASTORES

*Dios vino en la noche oscura
a ser Luz de los mortales,
y en la humildad de una gruta
está ya envuelto en pañales.*

*Sobre pajas de un pesebre
acostó al Niño su madre;
¡su ternura, inenarrable,
no hay artista que la encuadre!*

*A la gruta iluminada
los pastores se acercaron
y ofrecieron sus regalos;*

*y las voces celestiales
sus Hosannas entonaron.*

*Los zagales deslumbrados,
restregáronse los ojos:
«¿era sueño todo aquello?»*

*Largo rato se estuvieron
junto al pesebre sentados,
¡era difícil marcharse
y salir al descampado!*

Del libro ALAMO BLANCO-2
de GLORIA RENTERIA

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

LXI

LA NUEVA IDEA: FUERZA DE CRISTO REY ANTE UN MUNDO EN SUBVERSION. PIO XI Y PIO XII LA «QUAS PRIMAS», «CARTA MAGNA» DE CRISTO REY

11 de diciembre de 1925. — La «Carta Magna» de Cristo Rey

Queremos, ante todo, hacer una observación, que creemos oportuna.

La primacía obligada del Año Santo (en el pasado 1975), con toda su enorme trascendencia y ámbito mundial, ocultó necesariamente la fecha del Cincuentenario del 11 de diciembre de 1975, fecha que solo fue recordada, y por dicha razón, conmemorada, en relativamente escasos lugares y ocasiones, así en España como en el resto del mundo.

Sirva, un año después, este artículo como un HOMENAJE Y CINCUENTENARIO DE LA FECHA INOLVIDABLE EN QUE, PIO XI, AL PROMULGAR STA ENCICLICA DEFINITIVA, *ESTA CARTA MAGNA*, abrió una nueva era en la vida de la Iglesia, y señalando inmensos horizontes. Si hoy parecen desteñidos (y es Pablo VI quien lo proclama, con dolor) no es, ciertamente por culpa del inmortal Papa, «Fides Intrepida».

Lo más notable de esta Encíclica es su carácter dramático, como acertadamente alguien ha señalado.

Su carácter dramático

Sí. Queremos aprovechar esta frase, que aquí se refiere a su modo de ser militante, guerrero, resumen entusiasta y aumentado de todas las Encíclicas anteriores, para resaltar que ésta es una verdadera PROCLAMACION.

Y, hecha por el Papa de la Acción Católica, que ya en su pontificado había de dar a la Iglesia tantos mártires y a Dios tanta gloria, tiene asimismo carácter enteramente social.

Y, como concreción de esta nueva energía que infunde al Mundo, inyectándole la Idea-Fuerza de Cristo Rey, para darle constancia y hacerla visible, establece su Fiesta oficial.

Consta de dos partes. En la primera reivindica, y la titula «La Realeza de Cristo», proclamando en sus otras tres partes: 1.º Que Cristo es Rey. 2.º Naturaleza de esta Realeza, y 3.º Bienes que este reconocimiento aportará.

La institución de la Fiesta, pretende inculcar teórica y prácticamente, la soberanía social, esencial y perpetua de Jesucristo.

El título de Rey, debido y atribuido a Jesucristo, *aun en cuanto hombre* (y esto es importantísimo), es algo que se refiere a la Sociedad.

En la II Parte de la Encíclica, trata de la Institución de la Fiesta de Cristo Rey —¡que ahora se pretende, cada vez más, silenciar!— manifestación externa, como son las Fiestas, conducentes a hacer sentir al pueblo de Dios tan gran verdad.

¡Repitámoslo!

¡Estocada a fondo contra el laicismo!

La institución de la Fiesta va directamente contra el *laicismo*, la peste moral de nuestros tiempos (como la han calificado todos los Pontífices), fuente de tantos errores. Esta solemnidad reparará la pública apostasía de Cristo.

Y no faltan en esta Encíclica tétricas pinceladas del estado moral del mundo (ya parece adivinar la apocalíptica II Gran Guerra Mundial que incubaba entonces). ¿Qué hubiera dicho, de estar redactada en 1976 en lugar de 1925? Pero de nuevo, brilla providencialmente en el horizonte y rasga la oscuridad que envuelve las almas, la misma gran señal: el Corazón Sacratísimo de Jesús. Por medio de su culto se remediará maravillosamente la angustiosa y humanamente irremediable situación individual y social de la Humanidad.

La fuente de todos los males ha sido la de sustituir la soberanía de Cristo por la del hombre.

No. El hombre no es soberano. ¡Quien lo es, es Cristo!

La nueva Fiesta admitirá y proclamará su inmensa y universal soberanía. Así se explica que Pío XI disponga se renueve en la Fiesta de Cristo Rey la Consagración a su Divino Corazón. Los espíritus superficiales no comprendieron, de momento, la relación entre el Corazón Divino y la Realeza de Cristo, las cuales, como hemos dicho, el Papa hacía una cosa única. Pero el Papa explica los profundos motivos que le mueven: reconoce lo arduo de la empresa (la salvación del mundo, en definitiva) y que sólo un alarde de amor de Cristo puede sacarle a flote de ella. Prometió el Corazón de Cristo que reinaría a pesar de sus enemigos: ruégale su Vicario, y hace rogar a toda la Iglesia para que apresure este momento tan glorioso para El como provechoso para todo el mundo.

El términos de santa y dramática reivindicación...

Casi al fin de la Encíclica, como su broche, proclama: «Y la misma solemnidad de la Fiesta, anualmente renovada, advertirá a las naciones el deber que tienen los particulares, magistrados y gobernantes de venerar públicamente a Cristo y obedecerle; y a éstos sugerirá el recuerdo del último juicio, en el que Cristo, no sólo arrojado del Estado, sino mirado con desprecio, con indiferencia o ignorado, vengará rigurosísimamente tan grandes injurias, exigiendo, como exige su realeza, que el Estado entero se conforme con los divinos mandatos y principios cristianos, ya en la legislación, ya en los juicios, y también en la escuela».

Consigna de la Encíclica: en adelante, será la del cántico de los mártires en el Anfiteatro (que ya fue el grito de los mártires de nuestra época): «Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera!!»

Porque no nos contentamos con que solo reine. Parecería lo del rey «que reina, pero no gobierna». No, Cristo *debe gobernar*. Y es la proclamación, enarbolémoslo fieramente, con palabras que lo hagan bien inteligible: CRISTO IMPERA!!

Hasta aquí hemos hablado de las Encíclicas base. Vamos ahora a pasar a las que siguieron: y que no fueron menos importantes. Enriquecieron su contenido teológico, «alegrando, una vez más, la Ciudad de Dios como río de gracias». La simiente echada por León XIII (utilizando a su humilde sembrador oculto, el P, Ramière), se ha convertido ya en árbol esplendoroso.

La encíclica complementaria de Pío XI «Misericordissimus Redemptor», 8 de mayo de 1928

El Papa «Fides Intrépida» sostenía ahora la bandera gallardamente levantada. Y, en esta nueva y

complementaria Encíclica, es lícito advertir los resultados e impacto de la primera, en el complejo social y político de aquel tiempo repleto de trascendencias ocultas.

Ahora el Papa enérgico y batallador, que hemos visto como valiente Cabeza del Ejército santo, se dirige, preferentemente, dentro de un nivel más callado, más suave, no ya tanto a la Sociedad, incluso la cristiana, sino, osaríamos decir, a aquellos que, dentro de ella «escogieron la mejor parte».

En esta Encíclica, el tono piadoso y tierno domina al tono santamente enérgico de las anteriores. Es el Padre, cansado de las luchas, que se refugia en la intimidad de sus hijos, preferentemente los de vida interior intensa, y les pide, ahora una cosa que, siendo la misma y muy concordante, parece muy distinta: la Reparación.

Por esto esta Encíclica, que se refiere muy concretamente a los deseos del Divino Corazón en Paray, tras una Introducción y una primera parte dedicada a la Consagración establecida anteriormente, tiene una segunda mitad dirigida a las almas piadosas, a las de oración, pidiendo esto: Reparación.

Entre tanto, Europa bulle. Y se prepara el fenómeno espantable de las grandes dictaduras. Mas el Papa, cada vez más, se refugia en las siempre incomprendidas armas sobrenaturales. Cuán distintos son los caminos de Dios de los de los hombres!

Y es estudio teológico completo sobre los motivos, deberes y justicia de esta Reparación que debe consolar al Corazón de Cristo, que, aun cuando glorificado, sigue su vida físicamente gloriosa en el Cielo, y al que, según explica —y explanarán más tarde nuevos y profundos teólogos— puede consolarle aún. Porque nos recuerda —y su Sucesor Pío XII nos lo hará conocer mejor—, que la Pasión de Cristo se continúa en su Cuerpo Místico.

Y llegó. El cataclismo de la II Guerra Mundial

En la Historia de la Iglesia, movida siempre por la Providencia, aparece la figura de Pío XII estrechamente unida con la de su Antecesor —de quien fue Secretario de Estado, y, por decirlo en términos humanos «como su mano derecha»— Pío XIII!! Admirable el Maestro, y digno el Discípulo, es difícil decir cuál de los dos fue más grande.

Descolló Pío XI «Fides Intrépida» por sus energías naturales y sobrenaturales que hemos admirado tanto. Fue Pedro en la Autoridad, y Pablo en el ímpetu arrollador.

Pío XII, a pesar de hallarse en circunstancias aun mucho más difíciles, descuella por su serena majestad. Es su característica impresionante.

Encíclica «Summi Pontificatus», 20 octubre 1939

Tiene gran relación con nuestro objeto, esta gran Encíclica, aun cuando corresponda a su entronización en el Pontificado, como su nombre indica. Y es notable que su citada serenidad, no venga alterada por el hecho de que casi sus inicios de Pontificado coincidieran con los de la II Gran Guerra Mundial, sin precedentes en la Historia.

El momento de su publicación es terrible. Por doquier, la gran Guerra —acaba de ser arrollada Polonia, modelo de cristiana fidelidad— justo comenzada, anuncia, con palabras que emplea el Pontífice, angustias, abismo de males, violencias y discordias en contraste con toda Paz de Cristo en el Reino de Cristo. Hora de tinieblas espirituales y materiales. Y recuerda una vez más sus causas: laicismo, atribución de adoración al Estado, exclusión de Cristo Señor, negación de su divinidad. Naturalmente, el Papa proclama y repite una vez más los únicos remedios: «evangelizar las innumerables riquezas de Cristo, y desplegar al viento las banderas de Cristo Rey».

Esta gran Encíclica, no está específicamente dedicada al Corazón de Jesús, pero se la considera dentro de las grandes, por su citada relación con las anteriores. Comienza con una introducción majestuosa:

«¡Con qué íntima aprobación!»

Pío XII se refiere al 40 Aniversario de la Consagración del Género humano a Cristo en la «Annum Sacrum» y exclama: «¡Con qué júbilo, emoción e íntima aprobación acogimos entonces como mensaje celeste la Encíclica, precisamente cuando, novel sacerdote, habíamos podido recitar: «Introibo ad altare Dei!» Con el certero instinto que le daba la Providencia, intuyéndola, quizá, en su futura autoridad de Papa, se atreve a decir: con «íntima aprobación» a lo que promulgaba su entonces Pontífice León XIII. Tras el inicio, toda la «Summi Pontificatus» es un manifiesto, un grito, dirigido a la Sociedad humana, en plena gran guerra.

Pío XII: La «Haurietis Aquas» y la «Mistici Corporis» 15 de mayo de 1956

Broche de oro

Broche de oro que cierra, por así decir, el ciclo de las grandes Encíclicas. Remedio supremo a una Sociedad. A esta Sociedad, que venimos estudiando

desde antes y desde después del 1917, el año misterioso, cumbre, de nuestra Historia moderna y contemporánea. ¿Por qué la Sociedad se empeña en no aceptar éste, su único remedio? Porque, incluso muchos de sus pastores y teólogos, no lo comprenden?

Es cierto que, entre todas ellas, es la de más elevada teología. El Papa Pío XII (que, en tantos aspectos, recordaba a León XIII), podía ser llamado el Papa sabio por antonomasia. Su saber admiró al mundo entero. Y la Haurietis Aquas, en cierta manera, es la confirmación, sometida al más puro y elevado análisis teológico, de las anteriores Encíclicas papales, y, en cierto modo, de la entera devoción al Corazón de Jesús.

Intentemos, humildemente, aun cuando no tengamos —lo reconocemos— preparación teológica para ello, comentarla. Seamos humildemente audaces y atrevidos: donde no llegue nuestra modesta preparación, quizá llegue nuestro instinto piadoso. Atrevámonos a practicar el consejo de San Ignacio, y tengamos la osadía de beneficiarnos de aquello de que «no es el mucho saber lo que satisface el alma, sino el sentir y gustar las cosas interiormente».

Pío XII nos recuerda al Aguila de Patmos (después de remontar al Antiguo Testamento), demostrando en sus textos un prelude de la futura gran efusión del Corazón de Cristo. En el Nuevo Testamento ve a esta Devoción, esta Alianza, formada, no por sangre de animales, sino por la que corría por las venas de Jesús. Ve «el Misterio de amor». El triple amor de Dios-Hombre. Al divino y al humano, hace subdividir este último en dos. El espiritual y el sensible del Corazón de Cristo.

El Papa que ha presidido los avatares de Europa y del Mundo, diez años de acabada la Segunda Gran Guerra Mundial, y renovándose constantemente los motivos de infidelidad de una Humanidad que no se arrepiente ni escarmiento —¡la pendiente irreversible desde 1917!—, contempla los latidos del Corazón de Cristo, desde su Encarnación a sus correrías apostólicas, hasta admirar como, al fin, de su Corazón abierto, brota la Iglesia. Dice en su Encíclica: «De manera semejante palpitaba de amor su Corazón, en perfecta armonía con los afectos de su voluntad humana y con su amor divino, cuando en la casa de Nazaret mantenía aquellos celestiales coloquios con su dulcísima Madre y su padre putativo, San José, a quien obedecía y con quien colaboraba en el fatigoso oficio de carpintero. Este mismo triple amor movía su Corazón en sus continuas correrías apostólicas, cuando realizaba aquellos innumerables milagros, cuando resucitada a los muertos o devolvía la salud a toda clase de enfermos, cuando sufría aquellos trabajos, soportaba el sudor, el hambre y la sed; en las velas nocturnas pasadas en oración a su Padre amantísimo (...)»

Tal es la «Haurietis Aquas» que, en cierto modo,

incluye, continua y sintetiza la mayor de las Encíclicas de Pío XII, el moderno San Pablo, en su «Corporis Mistici», Cuerpo Místico, quinta esencia total de nuestra Santa Religión e idéntico a la Iglesia.

Y ahora vamos a confiarnos al lector; a este paciente lector, que nos viene siguiendo «desde fines del siglo XIX», que nos ha «acompañado» en la cúspide misteriosa y tenebrosa del 1917. Hemos encontrado algo en la HAURIETIS AQUAS que queremos gustar en nuestros próximos artículos, y que deseamos sea comprendido.

No nos tome el lector por pedantes. No es descubrimiento nuestro. Cuidados de nosotros! Es sencillamente, el hecho de haber gustado de este contenido nunca bastante comentado, y, sobre todo, divulgado. Quizá, en esta parte de la HAURIETIS AQUAS PODAMOS OTEAR EL SECRETO DE LA SIMIENTE QUE, SIN DUDA, EL SEÑOR ECHARÁ EN SU IGLESIA PARA LA PROMOCION DE FUTUROS GRANDES SANTOS, QUE EL SEÑOR RESERVA PARA LOS TIEMPOS PROCELOSOS QUE NOS AVECINAN.

Y es que esta Encíclica contiene una V parte, que se titula «Exhortación a una práctica más pura» que contiene algo que ES TRASCENDENTAL. Proclamando verdades de tan recio abolengo y tan pro-

fundas que, por lo mismo, parecen hoy olvidadas. Verdades que, de tan viejas, constituyen, precisamente por esto, la *más sensacional novedad* que hay que proclamar hoy en la Iglesia y en las almas. Pío XII nos enseña a DAR A NUESTRA DEVOCION EL FONDO AUTENTICO QUE POSEE, Y QUE NO SE GUSTA (QUIZA SE OLVIDA) SUFICIENTEMENTE.

Y es que —confiamos que lo llegaremos a comprender, tras este estudio que llevamos haciendo de la historia moderna, desde la cúspide del 1917— no debemos contentarnos con el contenido, santo, santísimo, «leit motiv» de nuestra Devoción: «remedio de todos los males» y «salvación material del Mundo».

No. Aun que parezca imposible.

Aún hay más. Y mucho más en la Devoción al Corazón de Cristo, y en la Idea-Fuerza de Cristo-Rey. La «Haurietis Aquas» nos inspirará, Dios mediante, en este osado empeño en nuestros próximos artículos. El Corazón de Cristo —digámoslo al hombre, sediento de novedades— es infinitamente nuevo y eternamente renovador. Cántico nuevo.

LUIS CREUS VIDAL

Sumario

NADALA, Joan d'Ordal.

ENCUENTRO CON ESTUDIANTES, Francisco Canals Vidal.

SAN IGNACIO DE LOYOLA MODELO DE MAESTRO DE LA VERDADERA DEVOCION A LA SANTISIMA VIRGEN MARIA, Roberto Cayuela, S. I.

«MARIA, STELLA MATUTINA», Fray Antonio de Lugo.

LA TEOLOGIA SABER CONTEMPLATIVO-ACTIVO, Victorino Rodríguez, O. P.

SOÑANDO CON EL BUEN FRAILE TOMAS, M. M. Doménech.

AL MEDIO SIGLO - EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA - LA NUEVA IDEA FUERZA DE CRISTO REY ANTE UN MUNDO EN SUBVERSION - PIO XI Y PIO XII - LA «QUAS PRIMAS», «CARTA MAGNA» DE CRISTO REY - LXI, Luis Creus Vidal.

PAISAJE, Luis Ayora.



PAISAJE LUIS AYORA

La interpretación de la naturaleza, cuando ésta pasa a través del hombre, crea el paisaje.

Si no se la sublima y se la deja tal y como está no es paisaje, es simplemente cosmos, un concepto totalmente telúrico. El verdadero paisaje existe cuando el hombre la espiritualiza pasándola por el corazón.

Y el más alto sentido paisajista se consigue cuando a la naturaleza se la cristianiza, cuando pasa la madre tierra por una pupila cristiana.

Nadie como el maestro León, en su retiro sosegado de La Flecha, tuvo un sentido más profundamente cristiano de la naturaleza, reflejado en claro, sobrio y por tanto castizo castellano que le hizo entrar a tomar parte en la literatura clásica española.

En aquella paz íntima y purísima que la campiña que rodea el claro Tormes parece desprender, Fray Luis de León se hablaba de campo y lo eleva al más superior rango en «Los nombres de Cristo» cuando indica el fundamento y razón de llamar Monte a Jesús. Jamás tuvo la naturaleza comparación más gloriosa y por tanto el paisaje adquirir mayor esplendor.

Y aquella escuela viva de paz era manantial fecundo que nutría su espíritu y establecía la

íntima relación que hay entre el amor al campo y el amor a Cristo. Y ésta es, precisamente, la gran lección que aprendemos cuando contemplamos el campo cristianamente.

Entonces no es la naturaleza simplemente una parte del cosmos, ni un resultado totalmente telúrico de piedra, agua y veste vegetal como pueda verla un naturalista o, lo que es peor, un naturista.

Estremece el pensar en aquellos prístinos tiempos siderales que no fueron contemplados por ojos humanos y que transcurrieron sin la íntima congoja en ansia presente, vertida en el amoroso regazo de Dios.

También sobrecoge el ver actualmente que muchos contemplan al campo sin transformarlo en paisaje. No ven en él más que el logro de sus necesidades y por ello solamente les satisface aquella naturaleza que pueda engendrar frutos y dones.

Por ello no conciben más que como bellos aquellos lugares que puedan tener estos bienes. Les satisface que sea verde el campo, no por la belleza llena de paz, que imparte el verde, sino porque la yerba puede alimentar reses que sacien su hambre.

Por eso los hombres, que verdaderamente aman al campo,

son los que aman al paisaje, no al afán insaciable de sus apetitos terrenos, y es cuando se entrega el alma con toda su desnudez, sin el ropaje carnal que enturbie su visión.

Es decir, cuando la pura y simple contemplación preside la mirada, sin liga a materia alguna, es cuando aflora la plenitud del paisaje.

Teniendo en cuenta que la verdadera belleza está, junto a la corrección estética, en la expresión de un rostro que no tenga atuendo que falsifique la visión del alma, por eso, a veces, la veste vegetal puede ser un ropaje perturbador de la verdadera visión de las entrañas de la tierra.

Y estos hombres que aman, en su plenitud, al campo son los que no ven la glera solamente como promesa fecunda que sacie sus apetencias terrenales, sino que piensan que el verdadero pasto está dentro de nosotros mismos.

El hombre con su espíritu y su carne auestas tiene que saber contemplar a la tierra en su verdadero valor para que no decaigan las partes de que está formado y nutrirlas sin olvidar a ninguna.

Por eso, cuando las necesidades esenciales están cubiertas hay que admirar a la naturaleza como paisaje y no como masa geológica.

Sin embargo, en su afán insaciable, el hombre eleva a necesidades las comodidades desmedidas y sigue viendo a la naturaleza con los mismos ojos de codicia con que la miraba el hombre primitivo inserto en despiadado ambiente, carente de lo más necesario, y por ello no ve la hermosura del campo, sino su utilidad.

La sociedad de consumo y despilfarro actual sigue teniendo *una* sed y *un* hambre propias del desvelo en que vive, y para saciarlas escudriña la tierra, no para caer de rodillas ante la creación divina, sino para buscar las fuentes materiales que necesita.

Era de esperar que, resueltas ya esas zozobras de hambre y sed con que el hombre primitivo se enfrentaba, en aquel medio hostil que le envolvía, el hombre moderno amase verdaderamente a la madre tierra y no la vilipendiase. Que una vez liberado de sus necesidades penitenciales pensase en sus necesidades eternas.

Sin embargo, no ha sido así. Parece como si anidara en él un signo de venganza oculto en el recuerdo somático de aquellos tiempos que estaba sometido atrozmente al medio inhóspito que le rodeaba. Cuando luchaba solo con el auxilio de su inteligencia y apoyándose en los balbuceantes descubrimientos iniciales.

La naturaleza ha otorgado sus enormes dones a veces muy generosamente y otras se ha tenido que poner inteligencia y trabajo para conseguirlos, pero ella los tenía allí, ubérrima, para darlos. Nada más que agradecimiento le debemos por sus gracias. Y por ello exige el mirarla como madre y no como madrastra.

Lo que ocurre, entre otras cosas, al hombre actual, al del desarrollo, al sedicente dinámico, es que cree, erróneamente, que en el confort y en los aditamentos que fabrica reside la felicidad, y como la tierra le da las materias necesarias para sus artefactos no le interesa más que sus dones y es por lo que desdeña su contacto. No quiere

tener el trato directo de su aliento libre, ni sentir el desnudo cuerpo de sus campos, ni que caiga en su piel la bendita lluvia que del cielo baja para besar la tierra.

Y resulta que el confort y los artefactos que maneja le proporcionan un bienestar momentáneo que dura, solamente, el tiempo que perdura la sensación de mejora con lo que tenía antes. En seguida tiene que pensar en otra cosa mejor; en mayor confort, en mejores artefactos.

Un freno a esa desazón que padece sería que se fuese, de vez en cuando, a vivir en una cabaña y en vez de ir en coche caminar a pie. Pero esto no lo hace nadie y por ello seguirá mirando, al campo, con los mismos ojos que ahora lo mira.

Hay lugares que, como si fuese una reacción por el injusto trato que recibe la naturaleza, la tierra misma y en espontánea gestación se hace ella misma puro paisaje de forma, que sin esfuerzo alguno por nuestra parte nos espiritualiza su contemplación. Es como si la naturaleza fuese saturada de Gracia divina y la Gracia de Dios entrase en nosotros a través del campo.

En estos sitios se encuentra el hombre en su verdadera dimensión, ubicado en su justo lugar situado entre las coordenadas ocreas y amarillas de la llanura altiva y seria.

En el páramo-cumbre, envuelto en el sudario de sus infinitos trigales todo es Dios y el hombre tiene exacta idea de su verdadero valor y no está por tanto nunca perdido ante la sosegada sencillez de la gleba que le circunda.

No es una tierra de promisión y de regazo para gozarse

al ver satisfechos los apetitos terrenales. Es un paisaje incitante para que el alma aflore y se vivifique por los siglos. Sobre todo a la caída de la tarde, cuando el sol se acuesta en la llanura ensanchándose como para abrazarla, dejando después un dorado encendimiento del celaje. Pareciendo una conjunción silenciosa entre la huida del día que se va y la esperanza de la noche que se avecina.

Los colores cobran una comunión de conjunto y las formas no se hacen sombras unas a otras al ser abandonadas por el sol y parecen perder su grosero peso material y entrar todo a formar parte de la misteriosa creación invisible.

Entonces se alza heraldo de la noche la fina y sutil brisa terrenal que trae en andas los aromas camperos de praderas y sembrados y también las fatigas humanas de un ardoroso día.

Y el páramo-cumbre se pone a soñar y sus sueños verdes son muchas veces atendidos. En los lugares más sorprendentes y extraños reposan valles ubérrimos junto a los sobrios y claros arroyos que nacen en las serranías para amamantar a los largos ríos de Castilla que buscan al mar por los cuatro puntos cardinales.

Sueños verdes del páramo donde arraigan frenéticamente los álamos que dora el otoño y fresnos añosos con sus largas y flexibles ramas que pregonan, en esperanza cierta, la frescura en el verano.

¿Habrán sueños más hermosos que estos sueños del páramo incierto y trágico?

Por eso se ha dicho que Castilla como irrealidad visual es el paisaje más bello del mundo.